

# DE IRUPANA A COVENDO

Informe del profesor Luis Balzan

A la Sociedad Geográfica Italiana, — Reyes (Departamento del  
Beni 1.º de Agosto 1891,

~~~~~  
EGREGIO SEÑOR SECRETARIO:

Le remití de Irupana, Yúngas, la relación de mi viaje, relativo á mi permanencia en aquella provincia.

La relación que hoy le envío, trata del viaje por los ríos Bopi y Beni, y de mi visita á las misiones entre los indios Mosetenes, sitas todas ellas sobre la orilla derecha del segundo de estos ríos.

Se formará una idea exacta del camino recorrido, examinando el mapa de Petermann, de la América Meridional: busque Irupana, al E. de La Paz; muy cerca encontrará el río Bopi, que corre al N. N. O. y que desemboca en el Beni, en cuyas riberas están colocadas las misiones.

El 21 de mayo había resuelto bajar de Irupana á Miguilla. Se me aseguraba que los *Neófitos*, que debían llevarme á Covendo, vendrían al pueblo: pero yo no quería faltar á lo que se me escribía del Convento de misioneros de La Paz, esto es, de estar en Miguilla el 21. La cuestión mas seria consistía en hallar un arriero y mulas; ya el corregidor, principal autoridad del pueblo, me había di-

cho que, por mas que estuviese provisto de un pasaporte del Gobierno, no obligaría á nadie á darme mulas, y esto por un hecho sucedido, pocos días antes; de un pobre joven oficial asesinado en el valle angosto ó quebrada del río de La Paz, cuando perseguía dos desertores, y al cual el Corregidor había hecho prestar una mula, la que por casualidad se halló. Buen modo por cierto de perseguir á los desertores, por medio de un oficial solo; y que ni aun conoce el camino.

El 20 me había venido la idea de enviar un propio, á Miguilla, para dar aviso al misionero de mi próxima llegada; pero me habían pedido cinco bolivianos; ¡precio fabuloso! Cuando ven un extranjero, siempre aprovechan; y además, Bolivia, sea dicho una vez para siempre, es el país de las dificultades, y á veces ni con el dinero se consigue lo que se necesita. Por fin hácia las diez y media de la mañana del día 21, llegó el arriero de Cochabamba, al que había contratado día antes por medio de la mujer, vieja embustera, que me obligó á aceptar un precio inusitado, tres pesos y medio por mula. Cuando estamos cargando las mulas; eran ya las cuatro de la tarde; y por la comodidad del arriero nos avisaron que llegaban los chunchos, ó *neófitos* de Covendo. Esto me alegró, puesto que debían tardar un día por lo menos en el pueblo; y yo podía llegar con comodidad á Miguilla antes que ellos.

Salimos á las cuatro y media p. m. Al salir del pueblo de Irupana, se toma por una subida en *zic-zac*: es durante esta subida que encontramos los neófitos: éstos iban á Irupana á vender las pocas cosas que traían de las misiones: escobas, que no son otra cosa que mazos de juncos delgados. (Son mas bien manojos del corazón de la hoja de la palma *Motacu*, Fr. N. A.) Algun mono, cueros, etc. etc., que cambian con pan, que les gusta mucho, y con artículos de mercería.

En el punto mas elevado á que llegamos, marcaba el barómetro 586 milímetros. El camino es bastante bueno, gracias á la estación seca, en la que habíamos ya entrado. Terminada la subida, comienza, una ladera, bastante cerrada á veces por hermosos bosques, pero bastante intrincados; y en ciertos puntos reducida á depósitos de fango, que, si bien profundos, los pasaban las mulas sin dificultad. Observé varias *Begonias*, una *Mirtaca*, bastante común en Yúngas, con racimos de flores rosa; un arbusto con espigas de florecitas blancas parecidas al lirio de los valles;

*Orquideas* terrestres con flor blanca, rosacea ó morada en espigas; un *calceolus* amarillo; varios *Queacos* y un pequeño *bamlú*.

La vista hácia Irupana era magnífica; se extiende la población en un hermoso plano; y léjos hácia el N. los cerros de Chulumani y la Cordillera.

Desde el camino se ve, allá en el fondo, pasando por una ladera estrecha, un plano elevado, con varias casitas, sembrado de maíz, mientras el horizonte al S. E., está cerrado por altas crestas desnudas, entre las cuales, de léjos muestra su cima un plano cubierto de nieve. Llegamos hácia las seis y media de la tarde á una casita junto á una chaera de maíz, propiedad de mi arriero, donde pasamos la noche, despues de dos leguas de camino. El lugar se llama Esquireane. El barómetro indicaba ya una bajada ó descenso de cien metros: estaba en la m. 593.

El 22 nos pusimos en marcha á penas á las nueve y cuarto de la mañana. Se sigue la ladera, bajando insensiblemente entre bosquecillos, encontrando muchos árboles, arbustos, yerbaespinosas, como *cactus*, *cereus*, etc. En algunos lugares el camino era bastante áspero; estrecho y encajonado; felizmente estaba seco.

Despues de casi una hora de camino, se comienza una fuerte bajada; con revueltas ó giros cortos, generalmente buena, aunque sembrada de piedras. Lo que es á veces peligroso, son los troncos que con frecuencia sobresalen en el camino, y contra los cuales pueden chocar los bauls cargados sobre las mulas, ó hacer caer y precipitar al animal. Un jóven ó *mozo* que acompañaba al arriero, debió echar fuera las mulas cuando se presentaba alguno de estos troncos sobre el borde del camino, porque las mulas van siempre por donde ven el camino trillado, sin preocuparse de lo que hay por encima.

Ya antes de comenzar la bajada rápida, habíamos divisado un pequeño trecho del río, por el cual yo debía bajar, encerrado entre cerros, y llegando á la última cumbre que se baja por un camino zeteado, con muy cortas revueltas, lleno de piedras y entre plantas espinosas, pude divisar toda la playa, donde se unen los ríos de La Paz, y Miguilla, siempre encerrados entre cerros.

A las doce, ó medio día mas ó menos terminó la bajada; atravesamos el valle bastante ancho, todo lleno de piedras y pasamos á vado el río de La Paz, el cual tenía poca agua, á causa de la prolongada sequía. Un cuarto de ho-

ra despues llegamos á la tienda donde se cobijaba el fraile; ya lo habíamos visto durante la bajada; como también las balsas de los neófitos en seco.

Me presenté al fraile de la Misión, que ya me esperaba, y me colmó de consideraciones durante las veinticuatro horas que pasamos juntos.

El punto en que me encontraba; esto es, la confluencia de los dos ríos de Miguilla y de La Paz (la tienda estaba armada sobre el ángulo formado por estos ríos) se llama la Espía. Me dijeron, que el lugar debe este nombre á ciertos puestos que los habitantes de Irupana y de los contornos tenían allí establecidos, para espiar la llegada de los indios Mosetenes, hoy *neófitos*, los que antes de ser reducidos por los franciscanos, solían llevar á cabo frecuentes escursiones hasta aquel punto.

El río ó mejor dicho, el torrente de La Paz, que nace en el nevado de Chacaltaya, al N. de la ciudad de La Paz, viene casi del Oeste, encajonado entre cerros. Sus aguas son fangosas, amarillentas, sin pescados, y juzgando por los depósitos que dejan en la arena, ricas de salitre. El Miguilla nace en la cordillera de Araca, ramificación de los Andes; viene del S. E. con aguas cristalinas y abundantes en pescados de la especie llamada *sábalo*, y la quebrada angosta por la cual viene, presenta en el corto trecho que se divisa desde la Espía, una hermosa vegetación, mientras la quebrada de La Paz es muy árida. Los dos torrentes reunidos en la Espía, corren en el corto espacio que se presenta á la vista, encajonados entre cerros áridos

El barómetro indicaba, en la Espía m.m. 675: la bajada de Esquircane es pues muy considerable: casi mil metros en cuatro horas.

La tienda estaba armada, como he dicho, en el ángulo formado por los dos torrentes, sobre arena menuda, entre gruesas piedras. Junto á ella se veían amontonadas las cargas destinadas á la misión de Covendo; algunos cajones y varias cantinas de lata llevas de sal. Habían ya llegado el 20 siete balsas, que como he dicho, estaban en seco, paradas verticalmente sobre uno de sus flancos, la una delante de la otra, y sostenidas en esta posición por las palas ó remos de los indios, dos por cada lado.

Y á propósito de estas balsas, únicas embarcaciones que pueden navegar por estos torrentes, llamados *penne*

en lengua mosetena, creo de importancia dar aquí una ligera descripción.

Están formadas de dos palos reunidos, que no son otra cosa que los troncos de un árbol llamado *palo de balsa* en español, y *Cahañere* en moseteno; el palo de medio es un poco curvo en una de sus extremidades, de modo que figura la proa de una embarcación, y es de dos piezas, mas ó menos iguales en largura, y esto por la dificultad de encontrar un tronco que teniendo el largo necesario para formar una balsa, tenga la curva en uno de sus extremos. La parte curva anterior se llama *Tannege*. Los dos palos laterales á este, son también un poco curvos hácia la proa, de modo que acompañen la curva del de medio, del cual son mas cortos como de unos sesenta centímetros ó mas, adelgazados por la punta exteriormente, de modo que forman un ángulo agudo con el palo del medio. Estos también son de dos piezas en las balsas grandes, que se usan en las navegaciones largas; pero la parte curva en ellos es generalmente bastante mas corta que la del pedazo recto que va hácia la popa. El pedazo curvo de esos palos se llama *Tanneismu*. Los dos palos exteriores á los anteriores, son rectos, mas cortos, recortados, también en ángulo hácia la proa, y siempre de una sola pieza, y se llaman *Vec-sismu*. Finalmente los dos palos exteriores, rectos, recortados también en ángulo sobre la proa en su parte exterior; son aun mas cortos, y se llaman *Tectagem*.

Por la parte de popa todos los siete palos tienen la misma largura, de modo que esta parte de la balsa es recta y se llama *Pecchire*. Los palos en la popa están un poco recortados en ángulo en la parte inferior. Es absolutamente necesario que el plano inferior de la balsa no presente ningún punto saliente porque haría difícil el paso de la balsa por las pepueñas rápidas con poca agua, haciéndola encallar sobre las piedras con mucha facilidad.

Para unir los siete palos, se comienza por poner en tierra los tres pedazos curvos de proa de los tres palos de medio el uno junto al otro, como deben estar despues de acabada la balsa, y se mantienen unidos por medio de palos plantados en el suelo, por la parte de afuera y por cada lado. Entonces los tres pedazos curvos se ciavan fuertemente con un clavo hecho del palo de una palma llamada en español *chonta* y en moseteno *Vuai* haciendo pasar el enorme clavo á poca distancia de donde terminan los dos palos laterales al del medio, hácia la extremidad de la

proa. El palo de *chonta* llamado *eseracmu*, es cortado en sección triangular, y punteagudo naturalmente en una de sus extremidades. Generalmente se hacen pequeños agujeros rectangulares en los palos en el lugar por donde debe entrar la punta de la chonta. Hecho esto se quitan los palos ó estacas exteriores que aseguraban los tres pedazos curvos de proa, y se colocan al lado de estos los dos palos llamados *Vecsismu* (en castellano, *cargadoras* fr N.A.) y entre ellos á continuación de los pedazos curvos de proa, los tres pedazos rectos que sirven, como he dicho, para completar los tres palos del medio: despues se plantan en el suelo, por la parte de afuera de estos cinco palos reunidos, las estacas ó palos que sirven para mantenerlos en posición, y se clavan entre ellos con palos ó clavos de chonta semejantes al primero, en diversos puntos, generalmente en cuatro.

A veces el clavo de chonta no alcanza á atravesar los cinco palos ó se rompe, entonces se clavan los palos restantes con otro clavo por la parte opuesta. Finalmente, quitadas las estacas, se clavan siempre con los mismos clavos de chonta, pero bastante mas cortos, los dos palos de afuera contra los dos llamados *Vecsismu* ó *cargadoras*, en cuatro partes, y el casco de la balsa queda concluido: (los dos últimos palos de afuera se llaman en castellano *Voladoras* fr. N. A.)

Es preciso advertir que el palo de la palma chonta, es muy fuerte y elástico, y que el *palo de balsa* es blando y liviano en exeso.

Sobre la punta extrema de la proa del palo del medio se planta encima una tablita rectangular, que sobresale del agujero hecho en el palo unos quince á veinte centímetros; es vertical, asegurada en esta posición por dos cuerdas, de las que hablaré despues, y que la sujetan fuertemente al palo: se llama *Hoinu*. Sobre los dos palos seguidos (*cargadoras*) comenzando por el lado de afuera en ambos lados, se plantan verticalmente al plano de la balsa unos palos ó estacas de chonta de sección rectangular llamados *Eserac*, altos, sobre el plano de la balsa como unos ochenta centímetros, formando las filas, una estaca frente á otra y en distancias variables, generalmente de un metro ó poco menos. Como á unos treinta ó treinta y cinco centímetros sobre el plano de la balsa, se ata fuertemente á las dos estacas que están una frente de otra, un tercer palo horizontal, naturalmente, y paralelo al plano de la balsa. Pa-

ra que la juntura sea mas sólida y resista mejor el peso, se hacen sobre las estacas verticales; unos recortes, donde se apoya el palo horizontal antes de atarlo, y se hace de modo mientras los cortes de las estacas verticales de proa, por ejemplo, miran á proa; los de popa miran á popa. Despues se colocan y atan sobre estos palos horizontales, cañas de charo razgadas en dos en sentido de su largura, bien unidas entre sí, paralelamente al eje de la balsa de modo que forme un plano ó lecho. Las mismas cañas se atan unidas una á otra, sobre la parte libre superior de las estacas verticales de chonta; por la parte exterior. Resulta de este modo un cajón, abierto sobre popa y proa, que se llama *guaracha*.

El objeto de esta *guaracha*, que deja libres solo los dos palos de fuera ó *voladoras* uno por cada lado, y además como un metro cuadrado de espacio en popa y mucho mas en proa, (aun cuando allí la parte libre tiene la forma de un triángulo bastante agudo;) cubriendo todo el resto de la balsa, el objeto de la *guaracha*, repito, es de preservar algun tanto de la agua las cargas, cuando los siete palos, de unos veinte ó veinticinco centímetros de diámetro, son cubiertos totalmente por el agua.

Los enormes remos ó palas, llamadas *Coraquigé*, en moseteno, son generalmente de palo de cedro (*cedrela?*) con la pala de varias formas, como de treinta centímetros de ancho ó menos, por cincuenta ó sesenta de alto; el largo del mango es de un metro sesenta mas ó menos. Toda balsa está además provista de algunas varas largas de palo duro, elástico y resistente, blanquisco, llamado *Dulchaquis*, (el palo se llama *y piví*, fr. N. A) y sirven para alejar la balsa de las piedras, ó bien para empujarla, y se colocan debajo de la *guaracha* á lo largo de los palos, haciendo salir una extremidad por entre los palos verticales; y de una muy larga y fuerte caña de charo, llamada *Dochineges* (puntal) que colocan á la parte de afuera de la *guaracha*, entre los dos últimos palos; *cargadora* y *voladora* por ambos lados.

Un instrumento importantísimo son los cordeles llamados *Tinget*, de los que hablaremos despues. Casi todas las ataduras de la balsa, lo mismo que los cordeles, son trabajadas con el *líber* colorado de un árbol de las misiones, llamado *Ocoya*, siempre lo mojan antes de usarlo.

He creído deber enterarme un poco en la descripción de la balsa, por lo extraño y al mismo tiempo por lo ventajoso de esta embarcación; la única que puede navegar los torrentes, y aun no todos, que bajan de los contrafuertes

tes de los Andes á las grandes llanuras del Oriente de Bolivia.

Y vuelvo á mi viage.

Fuimos con el fraile á una casita distante casi un kilómetro de la tienda ó toldo. Se pasa primero por los bosques de gavías, despues se costea el Miguilla entre sauces de largas hojas y *quisetos* gigantescos, despues por el bosque. Hace algunos años, el estrecho valle del Miguilla estaba bastante poblado; hoy la fiebre terciana ha hecho morir ó escapar todos los habitantes, solo queda esta casucha. No fué posible conseguir ni una gallina, ni un huevo; y sin embargo, tenían, aunque ofreciamos pagar lo que quisiesen.

Volvimos al toldo, y echamos al Miguilla, un cartucho de dinamita, pescando diez Sábalo, de buen tamaño, treinta ó treinta y cinco centímetros: mas ó menos. Entretanto comenzaban á llegar los neófitos de Irupana. Cenamos y preparamos nuestra cama bajo el toldo, sobre la menuda arena de la playa. Al anochecer vinieron los neófitos á rezar junto al toldo. Charlamos todavía un poco, y despues procuramos dormir; pero mientras el rumor monótono de la corriente del Miguilla y el de La Paz nos conciliaba el sueño, los zancudos, que casi había yo olvidado, hacian lo posible para alejarlo; pero un viento fuerte concluyó por alejarlos.

El 23 de mayo nos levantamos de mañana, y los neófitos estaban preparando sus cosas que habían comprado en Irupana. El pan entero ó partido en dos, lo ponen sobre hojas, extendidas en tierra, para secarlo al sol; puesto que la humedad del viage lo enmohecería. Yo mismo llevaba para mi viage vizcocho comprado en Irupana. Los panes de sal los envuelven en hojas parecidas á las del plátano, aunque mas pequeñas, de una planta que llaman *Geitne*, quitándole el primer nervio y los ataban con el acostumbrado *líver*.

Entre tanto, como no llegasen las tres balsas que habían quedado atrás, el fraile había resuelto hacerme marchar el mismo día con dos balsas, debiendo las demás demorarse uno ó dos en el camino, á limpiar las chacras en que tienen sus plantaciones de plátanos; que los neófitos recojen para su alimento, no habiendo hasta Covendo, sino un solo lugar habitado. Nosotros debíamos continuar sin demora. Se repartió la carga entre los capitanes de las balsas, y se puso mano al arreglo de callapos; pues pa-

ra bajar el río no se usin balsas sueltas; pues sería peligroso.

Esta operación es muy sencilla. Hechadas las balsas al agua, se escogen dos mas ó menos iguales (me olvidaba decir, que las mas grandes tienen de nueve á diez metros de largo) despues se buscan tres palos de sauce ú otra planta, rectos, como de diez centímetros de diametro y se ponen de modo que alcancen la anchura de las dos balsas juntas; uno en popa, otro en proa, y otro en el medio, apoyándolos sobre los palos de la balsa, á los cuales se atan fuertemente con las acostumbradas cuerdas; abrazando los clavos de chonta de adentro, que se descubren en cortos trechos entre un palo y otro.

Sucede á veces, que dos palos de balsa están tan juntos entre sí, que es difícil hacer pasar entre ellos el cordel para abrazar el clavo interior. Entonces se plantan sobre uno de los palos, clavos de chonta, paralelos al plano de la balsa, y se pasa el cordel por debajo de estos. La amarradura es mucho mas fuerte sobre el punto en que el palo travesañ que pasa sobre las dos balsas, abarca los dos palos exteriores ó voladoras, que ahora son internos, y quedan en el centro del callapo, especialmente en proa, que es el punto de mayor esfuerzo, para que el callapo no se desate. El callapo se llama *Chapa*, y los palos que sirven para formarlo uniendo las dos balsas *Chiapatayges*. Á veces atan á los palos verticales de chonta ó *scerac*, que sostien en las dos guarachas, por la parte del centro en medio de las dos balsas otros pequeños palos que concluyen en horqueta, y sobre éstos colocan palos horizontales, apoyados sobre la orqueta, como para hacer la guaracha; sobre los palos horizontales atan cañas de charo, partidas por mitad paralelamente al eje longitudinal del callapo; de modo que se forma una tercera *guaracha*, que cubre la parte de medio del callapo, esto es los dos palos externos de las balsas, unidos, (una voladora de cada balsa, fr. N. A.) quedando un poco mas alta que las dos guarachas laterales. Esta no tiene bordes laterales salientes y sirve para colocar las cosas mas delicadas. Sobre las guarachas laterales habian los neófitos colocado ramas con hojas de sauce y de otras plantas: estas hojas según ellos, deberían preservar del agua la carga, pero hacen otra cosa peor; porque cuando se bañan, cosa inevitable, conservan despues la humedad debajo de las cargas. Sobre las ojas acomodan los cajones, haciendo pasar sobre ellos uno de los

a costumbrados cordeles, de modo que forme una especie de red con mallas gruesas asegurándola en una de las puntas salientes de los palos horizontales de la guaracha; y esto para que nada caiga al agua por algún movimiento brusco de la balsa.

Por la mañana los neófitos habían trabajado mucho cordel: son habilísimos en este trabajo; se sientan en el suelo, asegurando el cordel entre el dedo pulgar é índice de uno de los pies; y teniendo con la mano el liber (mora) mojado como he dicho; hacen tres cordeleitos, los que unidos y torcidos juntos forman el cordel, generalmente de un centímetro de gueso.

Hacia las doce merid, mi callapo estaba preparado, y á las doce y media nos pusimos en marcha, dejando la Espia. Este punto según datos que tengo á la vista se allaría en los 16°29' lat. austral.

Pocos metros despues del punto de partida, el río Miguilla se une al de La Paz, y la agua turbia de éste, vuelve amarillenta la agua cristalina del primero. Pocos metros mas abajo, despues de pasada la confluencia, se encuentra una corriente ó rápido, pequeña y de ninguna importancia, pero hago de ella mención para hablar de la maniobra que hacen los neófitos, cuando las corrientes son con revuelta ó en recodo, cosa que sucede casi siempre, y donde por lo tanto sería muy fácil que la fuerza de la corriente hiciese chocar el callapo contra la orilla opuesta, que como se sabe, es casi siempre la falda de un cerro; ó bien el callapo podría quedar encallado sobre las piedras, teniendo poca profundidad la agua en las corrientes del primer día de viage; ó bien podría ser volcado y arrastrado y atravesado por la corriente misma.

Poco antes de la primera corriente, encostan en la parte exterior de la reyuelta tres hombres de proa saltan á tierra, llevando consigo los cordeles que están atados á la extremidad (*cabeza*) del palo del medio de las dos balsas y que tienen siempre recogidos en espirales delante de sí sobre el plano de la balsa: otro tanto hacen dos hombres de popa, saltando también á la playa con sus cordeles: los otros tres hombres quedan sobre el callapo; puesto que la tripulación de una de estas embarcaciones, en el río Bopi, consta siempre de ocho hombres.

Una vez en tierra los de proa tiran sus cordeles de modo que el callapo gire sobre si mismo, presentando la proa á la corriente, y baje con la popa por delante; entonces co-

mienza a to los juntos á dejar andar el callapo, mientras los tres que que lan á bordo, dos en proa y uno en popa, con largas varas lo alejan de las orillas, que no son otra cosa que playas con pendiente suave, cubiertas con arena y piedras, y que llegan á ser lecho del río en la estación de las lluvias. A veces encalla el callapo, y entonces mientras los de tierra lo sostienen recto con sus cordeles, los tres que están á bordo, bajan al agua para aliviarlo y hacerlo pasar. Si sus fuerzas no bastan, como sucede á veces, entonces viene alguno de los de tierra á ayudar. Pasada la corriente; se tira el callapo á la playa, se embarcan los cinco hombres, lo hacen girar con la proa hácia abajo, y se prosigue la navegación.

Esta maniobra se llama: *pasar á cordel*.

La posición que ocupan sobre el callapo los ocho hombres es está, en proa, esto es, sobre las dos proas de las dos balsas, están parados cuatro hombres, dos por cada proa, uno junto al otro; los tres destinados á saltar á tierra, tienen siempre como he dicho, el cordel recogido á poca distancia á los pies; atado á la extremidad del palo del medio. En popa están todos en fila, parados los cuatro, mirando á proa, y solos dos tienen cordel delante. De los dos que quedan sobre el callapo en popa, durante la maniobra del paso de las corrientes, uno pasa á proa.

En la posición descrita, todos usan la pala, y cuando no se sirven de ella la tienen delante de sí, con la pala sobre el callapo, y el mango hácia arriba. Para usarla, mojan siempre el mango en el agua. Visten tipoí, de que hablaré mas tarde, y algunos de ellos calzoncillos; y casi siempre rien.

En la segunda corriente, muy próxima á la primera, los neófitos mientras saltaban á la playa, vieron entre las cañuelas un venado ó cervatillo. Este comenzaba á subir por la falda del cerro; pero despues de haber yo saltado á tierra pude alcanzarlo con una bala, con gran regocijo de los neófitos que son locos por la carne.

El río corre siempre encajonado entre cerros elevados y áridos, poblados solo de raquíicos arbustos ó plantas espinosas. Entre el lecho actual del río y los cerros existen pequeñas playas de arena arcillosa finísima y guijarros con frecuentes vestigios de una sal, talvez el salitre; donde termina la playa y comienza el cerro, se notan manchas de cañuela, ví varios pájaros que volaban de una piedra á otra, al ras del agua, parecidos á las golondrinas.

Los cerros están siempre formados por rocas esquisitas desnudas, con planos inclinados, sobre los que se ven millares de nidos de *pompylus*. Qué espléndidas colecciones si se pudiese llegar á ellos.

Por los costados, algunos arroyos entran espumeando al río.

A las tres y media de la tarde hubimos de encostar, á causa del fuertísimo viento que en aquellos lugares sopla siempre, despues de medio día: acampamos sobre la orilla izquierda, resguardados por un cerro casi perpendicular, sobre la arena, al pié de una pequeña corriente. De estas, habíamos pasado algunas.

Habiendo cesado el viento hácia el anochecer, los neófitos armaron el toldo y se preocuparon en preparar su cena, consistente en plátanos asados, y pescado, comida de todos los días, con el agregado especial del venado. El lugar en que nos encontrábamos estaba cerrado por cerros elevados, y el horizonte era bastante limitado. El barómetro marcaba 681. Despues de cenar los indios rezaron y se acomodaron, lo mismo que yo, sobre los lechos de hojas que habían preparado; el mio estaba debajo del toldo.

El 24 á las cinco y cuarto de la mañana, mis neófitos estaban ya rezando, según costumbre, sus oraciones. El barómetro indicaba 684. Comimos alguna cosa, y á las seis y cuarto nos pusimos en marcha. La bandera italiana, estaba desplegada al viento, talvez por la vez primera, en aquellos lugares, en *mi callapo* sobre el tortuoso río.

El aspecto de los cerros es el mismo de ayer. Hácia las ocho y media de la mañana encontra nos sobre la derecha el desemboque del pepueño arroyo de Suri, de aguas cristalinas, despues de un cerro que descende en escalones al río de La Paz. El Suri nace en un punto llamado *Agua caliente*, en la Cordillera de *Tres cruces*, por la parte de Inquisivi. Despues de algunos centenares de metros se vé caer espumando, de una garganta á la izquierda, un arroyuelo pintoresco. Pasado el Suri, se comienza á notar un poco mas de vegetación, y el horizonte, es en general un poco mas abierto; por cuanto los cerros excepto algunos casi perpendiculares, descenden con pendiente mas suave al río.

Como á las diez a. m. entramos en la encañada ó garganta llamada *Mañique*. Es este un punto donde el río rompe, por decirlo así, la cadena de cerros, que forman por

una parte y otra paredes perpendiculares. El río entra con violencia en el estrecho canal, trecho peligroso por grandes piedras que despuntan en el agua en medio río, á la entrada y salida de la *encañada*. Con todo ello el pasaje del Meñique no sería peligroso, si el canal fuese recto: por el contrario presenta la forma de una Z, y si los tripulantes no fuesen prácticos, sería muy fácil fracasar contra las paredes laterales, ó las piedras del medio, en cuyo caso se volcaría el *callapo* ó la *balsa*, como había sucedido á una de estas, pocos días antes, al salir á Miguilla.

Después de la segunda revuelta, los *neófitos*, aprovechando una pequeñísima playa al pié de la roca á pico, á la derecha, ejecutaron la maniobra del *cordel*, y salimos de la *encañada* sin desgracia.

Pocos metros adelante se encuentra una pequeña corriente, donde encallamos, y tardamos algún tanto en salir. Allí, el río forma sobre la derecha una explayada, un poco ancha casi en seco, con muy poca agua; que vuelve después al río por un declive muy pequeño. Sobre esta playa recogimos un costal de cacao, resto del naufragio de la balsa de que acabo de hablar.

Pasado el Meñique, los cerros vuelven á abrirse, y así llegamos á las once y cuarto poco más ó menos, al Tamampaya, río importante que viene de la izquierda, trayendo las aguas cristalinas, de una gran parte de la provincia de Yúngas, y en especial de los cantones de Chulumani é Irupana, y que está formado principalmente por el verdadero Tamampaya, que yo había pasado viniendo de Coripata á Chulumani, y del Solacama, que pasé entre Chulumani é Irupana: (también le entra pocas leguas antes de su desembocadura en el río de La Paz el *Totorá*, casi igual al mismo Tamampaya; fr. N. A.) El río que aun después de su reunión con el Miguilla conserva el nombre de La Paz, se llama Bopi, desde el Tamampaya en adelante.

La vegetación es ya hermosa, se nota algún *ricino*, árboles de tronco elevado y blanquizco: *Tillandsias*, palmas pequeñas y grandes palmas *Motacú*; varias bromeliáceas con flores en espiga ó penacho, parásitas sobre los árboles, y sobre las rocas; algunas *amarilides* medio ocultas entre el césped, con pétalos de color rojo sangre, con venas verdes en el medio: una especie de gavia colorada; muchas orquídeas, pero sin flores; *fícus*, etc. etc. Los cerros bajan casi siempre hasta el río y están cubiertos de árboles, y defendidos, por decirlo así, por gruesas peñas en su base. Las

lianas y bejucos llegan hasta el agua, y á menudo se pasa con el callapo debajo de las copas de los árboles. En cierto lugar se descubre á la izquierda una ladera estrecha que va costeano un cerro, y un puentecillo: es el camino que va de Chulumani, capital de Yúngas, á la Asunta. A veces parece que el río no tiene salida, cerros en forma de herradura, lo rodean por todas partes. El paisaje es magnífico. Recuerdo una revuelta del río con rocas á la derecha, y á la izquierda una *barranca* ó plano donde existia, cuando estaba en su auge el comercio de la quina, una pequeña ranchería llamada Charobamba, y una roca en medio del río, que vista despues de haberla pasado, presenta la forma de la proa de un acorazado, prolongada en un poderoso espolón.

Hácia la una y media p. m. despues de algunas rocas grandes formando escalones, se divisa, medio oculta en un enorme nicho entre las plantas, una estupenda cascada, lo menos de cuarenta metros de altura, y que en la estación de aguas debe ser mas hermosa. La vegetación es cada vez mas vistosa: se ven *bombax*, *keako*, *ambarbos*, palmas altas y delgadas, con cabellera de hojas elegantísimas helechos arborecentes que adornan los bosques de los cerros; y en estas plantas una cantidad de *pavas*, especie de *gallinaceas* de exquisita carne: y colgando de las ramas muchísimos nidos, á veces dos ó tres reunidos, semejantes al del pendolero; *uchis* especie de urraca de color café con cola amarilla. Bandadas de papagayos de diversas especies pasan á cada rato gritando por sobre el río; ó revolotean en el bosque; otras clases de aves de formas y colores variados vuelan sobre las piedras de la orilla cubiertas de musgo.

Las rocas me parecían de naturaleza esquistosa, y de vez en cuando se veían descender entre ellas, espumando, arroyos pintoroscos. Las barrancas están formadas por gruesos guijarros mezclados con tierra arcillosa, y forman, de vez en cuando precipicios de mayor ó menor elevación. Las pequeñas rápidas ó corrientes continúan siempre; á veces quedamos encallados en ellas ó pasamos arrastrando sobre las piedras. En los lugares un poco abiertos, las orillas están ya cubiertas de la caña *charo*, de elegante aspecto, con su tronco alto, coronado de un grupo de hojas dispuestas en abanico, con las puntas dobladas hácia abajo, y con un enorme penacho parado en el medio.

Durante el día, vimos á la derecha del desemboque de

los arroyos Arcopongo, que viene de la cordillera omónima en Inquisivi, San Bartolomé, en seguida del cual forma el Bopi una Z, bastante estrecha, con dos choques no muy peligrosos, pero que obligan á los tripulantes á trabajar con la pala para salir de ellos; del Quinuni, que nace también de la Cordillera de Arcopongo, lo mismo que otros arroyos menores, y de ninguna importancia. Por la izquierda, además del Tamampaya, el único digno de notar es el de los Cajones, que nace de los cerros de la Asunta, al N. E. de Coroico, en Yúngas, y que desemboca casi frente al Quinuni.

Pasamos por la boca de los Cajones á las cuatro y cuarto p. m. Este arroyo es conocido por sus lavaderos de oro. Frente al desemboque, á la derecha, ví en el bosque y sobre las faldas de los cerros, generalmente bajas, una senda que llega hasta la orilla del Bopi. Supe mas tarde que fué abierto para llegar á los *Cajones* y explotar ciertos lavaderos de oro; que existen junto á la boca de este último; viene de la Asunta, donde llegamos á las cinco y media de la tarde.

Encostamos el *callapo* á la derecha, en una playa extensa, despues de la cual comienza una pequeña subida, cubierta de palmas *Motacú*, cacao, etc. y que conduce á la casa y Colonia del S. M. Belmonte. Fuí allá, y fuí recibido cordialmente por el dueño. Actualmente hay poca gente en la Asunta; pero me sorprendió la actividad del señor Belmonte, que ha sabido transformar aquellos cerros desiertos y cubiertos solo de bosque, en grandes plantaciones de cacao, café, coca, quina, etc. productos todos que tendrían mucho valor si existiesen vías de comunicacion cómodas y fáciles.

Hacia las 10 de la noche fuí á dormir á la playa, bajo el toldo; donde se plaba mas el viento y alejaba los zancudos. El barómetro marcaba 702.

El 25 me levanté á las cinco y cuarto: (barómetro 705) y fuí á la casa del señor Belmonte, que me regaló una interesante coleccioncita de *ofidios*, y como á las siete marchamos. Del lado de la colonia, esto es, á la derecha, el río está cerrado por cerros bajos que se extienden bastante lejos, aumentando gradualmente de altura: frente á la colonia, el río corre serpenteando entre anchas playas con guijarros; cubiertas de enormes troncos, trasportados por el río y atravesadas por un arroyuelo que entra por la derecha.

A la izquierda se ven á pocos centenares de metros de la colonia, en un pequeño plano cubierto de verdor, entre la playa y los cerros, algunas chozas y vacas pastando. Este es el verdadero lugar de la Asunta, su latitud según el misionero N. Armentia, es de 16° 7' S. y la longitud, según el diccionario geográfico del señor Manuel V. Ballivián, de 69° 48' O. de París.

La vegetación es aquí aún mas hermosa que en los lugares pasados, siguen las riberas cubiertas de *charos*, y sobre los árboles se ven muchos *philodendron*. Se encuentra á la izquierda el desemboque del arroyo Evenay, que nace poco distante del Cajones; mas abajo, á la derecha el de Chaquiti, que nace de las montañas de Arcopongo.

A las nueve, a. m. llegamos al primer malpaso de importancia, uno de las mas peligrosos de este camino, llamado *Charía*. Encostamos el callapo á la orilla izquierda, porque es necesario descargarlo del todo y trasportar la carga por tierra, por una senda dentro del bosque, hasta el pié del mal paso. Se pasa el bosque atravesando un arroyo llamado también *Charía*, de aguas frescas y cristalinas, y se llega á una playa abrigada por altas rocas á pico, mientras al frente, sobre la orilla derecha, se eleva un cerro muy alto y de muy pendientes faldas. Despues de haber trasportado las cargas, mis ocho neófitos volvieron por el mismo camino al callapo vacío, para pasar el mal paso. Yo lo veía muy bien desde el punto en que me encontraba, junto á las cargas. El río, estrecho en aquel punto, se precipita por una breve pendiente entre grandes rocas, que levantan oladas de espuma con horrible fragor; el mal paso no es muy largo, pero es peligrosísimo por las muchas piedras, contra las cuales puede destrozarse el *callapo*. Despues de unos pocos minutos de espera, lo ví llegar al mal paso, desaparecer entre las olas, despues reaparecer, mientras los neófitos, en pié ó con una rodilla doblada, y gritando como hacen siempre cuando atraviesan un mal paso, trabajar remando con todas sus fuerzas para evitar las piedras; pasadas éstas el *callapo* entró en el remanso que sigue siempre á un mal paso, y vino finalmente á encostar en la ribera donde me encontraba.

El paso había sido feliz; solo uno de los palos de afuera (*una voladora*) se había abierto un poco con un golpe contra una piedra. Se arregló lo mejor posible, volvimos

á cargar el callapo; y como á las diez y cuarto seguimos marcha.

Mi bandera ondeaba siempre sobre las aguas del Bopi. El río continúa su curso entre cerros; solo, cuanto mas se avanza, tanto mas frecuentemente se presentan planos mas ó menos extensos, situados entre el río y los cerros.

Un plano de alguna extensión; sobre la derecha, se llama Sigvani, donde paramos un rato; porque los neófitos quisieron saltar á tierra para buscar plátanos, en las chacras que existen en aquel lugar. Desembocan al río por la derecha dos arroyuelos, llamados el uno Sigvani grande y el otro Sigvani chico. Seguimos la marcha: sobre la orilla derecha del río yacía abandonado un trapichi de madera de moler caña de azucar.

Hace algunos años, Sigvani estaba poblado, lo mismo que todas las orillas de este río, que podia llamarse un emporio de quina. Y todavía se ve, en la misma orilla derecha, despues de haber pasado Sigvani, un punto llamado *Puerto rico*, donde también existía una población de *Cascarillos*, ó buscadores de quina.

Durante el día vi una aloudra en el río.

Llegamos hácia las cinco de la tarde al segundo mal paso llamado San Fernando ó *Sipci*, todo lleno como el *Charía* de grandes pedronas, aunque es menos peligroso. Encostamos á la derecha y se descargó, repitiendo la misma operación que en el primer mal paso. Aquí pasamos un pequeño arroyo de aguas cristalinas, llamado San Fernando, (y no es fácil pasarlo sin caer, porque las piedras están cubiertas de algas que las hacen resbalosas,) despues se camina sobre el filo de grandes piedras, á lo largo de la playa, se pasa por un sendero un trecho corto de bosque, y se llega á una playa angosta, sobre la que se depositó la carga. El callapo, entre los gritos de los indios y el rugido de la corriente, pasó con felicidad, y vino á encostar á la playa, donde habian traído las cargas, y donde nos dispusimos á pasar la noche.

Allí el río hace un giro en ángulo recto, y á continuación se presenta de improviso otro mal paso peligroso, que se ve desde la playa; entre los dos malos pasos, á la izquierda, descendiendo al río una roca perpendicular elevadísima y casi desnuda, que forma una saliente en ángulo recto. Sobre las pocas plantas que la cubren hacían bulla infernal centenares de papagayos.

A la derecha, en seguida despues de la pequeña orilla arenosa donde dormimos, el río ha dejado una playa mas extensa, cubierta de gruesas piedras, y cerrada en semicirculo por el bosque. El barómetro marcaba 713.

El 23, nos levamos muy de mañana (barómetro 716) para pasar el segundo mal paso, llamado *Sipna*. Los neófitos fueron á examinarlo desde una isleta que lo domina á derecha, y está situada delante de un pequeño brazo del río, sembrado de piedras, y frente á la gran roca perpendicular. Regresaron despues como de una hora, diciéndome que por la gran cantidad de piedras, inmediatas unas á otras era imposible pasar el *Sipna* con callapo: entonces, mientras los unos se ocupaban en desatar la carga y separar las balsas, otros llevaron los fardos, pasando por la orilla, toda erizada de gruesas piedras, y por otra senda corta en el bosque, casi llano, hasta una playa arenosa abajo del mal paso. Yo me fuí allí á esperarlos. Había esparcidos sobre la arena muchos *Coleopteros* muertos. Despues de mas de una hora de espera, ví llegar el *callapo*, entre las grandes olas de la cola del mal paso; esta no podía divisarse á causa del bosque que yo había pasado, y que se extiende hasta el río. Habían superado el punto peor con las balsas separadas, y despues habían rehecho el *callapo*. Como á las diez se volvió á cargar y marchar.

Era el último día de navegación en el Bopi; y también fué el peor, como si el río, resentido de haber de perderse dentro de poco en el Beni, hubiese querido aumentar en este último trecho, geográficamente corto, pero larguísimo por las dificultades materiales, todos los malos pasos mas peligrosos.

La vegetación en esta zona es grandiosa, luxuriante; el río corre siempre entre cerros cubiertos de bosque, sin playas, todos revestidos de gruesos árboles, varias especies de palmas curiosas, que volví á ver en Covendo; *Philodendron* extraños, habitados de papagayos, *paras*, que revolotean entre las ramas.

Despues de poco rato de navegación pasamos el mal paso *Navaqueya*, entre grandes olas: despues el *Poñoja*, donde las olas fuertísimas cubrieron el *callapo*, los bultos y el escribiente hasta el pecho, y arrojaron, felizmente sobre la balsa, uno de los hombres de proa: despues de *Queriquerya*, bastante importante, y que debe su nombre, á un arroyo que desemboca por la derecha. El arroyo á su vez es así llana a lo de un árbol de semillas coloradas y negras

de las que se hacen collares, y que abunda en este lugar. Sigue el *Bocoy*, así llamado también de un arroyo que desemboca por la izquierda, y que tuvimos que pasar con la maniobra del *cordel*; despues de *Vuayanivoco*, que también debe su nombre á un arroyo que desemboca por la izquierda, abajo del mal paso. Este no se puede pasar con la carga; de modo que encostamos y encallamos el *callapo* sobre las piedras de la orilla izquierda. Se sacó mas de la mitad de la carga, y el *callapo* entró en el mal paso. Causa espanto verlo desde tierra lanzado con una velocidad vertiginosa y desaparecer entre las olas. Poco despues vinieron los *neófitos*, y por la orilla, sobre gruesas piedras, llegamos á la embarcación, atracada junto al desemboque del *Vuayanivoco*, trasportando las cargas que se volvieron á cargar. A poca distancia se encuentra el mal paso *Ycoyá* y á continuación el *Pereya*, que se puede pasar sin desembarcar.

Poco antes de llegar á la corriente que precede el mal paso, las aguas del río parecen muertas; los *neófitos* de proa observan entonces el mal paso, estudiando los pasajes, y comunican sus observaciones al Capitán que está en popa, y se entra resueltamente, pero siempre gritando, en medio de las olas.

Despues el *Pereya*, se divisa el punto llamado *Chispami*, antiguo punto de reunión de los *Cascarrilleros*, y se encuentra el gran *mal paso* llamado *Shititigisci*, uno de los mas peligrosos, por ser el mas largo y con revuelta. Encostamos sobre las piedras, á la izquierda, y descargamos casi totalmente el *callapo*. Yo quedé allí solo, y la embarcación se movió; pronto entró en el mal paso y desapareció. Esperé como hora y media, y finalmente vinieron por tierra los *neófitos*, que habiau tenido que abrir una senda en el bosque; por la que pasamos despues nosotros mismos, trasportando las cargas. El bosque era hermosísimo, y observé plantas curiosísimas, entre las cuales estupendas *epáticas*. La senda era bastante larga; pero plana; y despues de una media hora, llegamos al *callapo*, volvimos á cargar y marchar.

Felizmente los malos pasos que siguen, aunque grandes, se pueden todos pasar sin descargar. El primero es *Yzozoya*, despues *Chañami*, con grandes piedras; *Nafayá* también con bancos de piedra, *Piñeti*, con un choque á la izquierda, que es preciso pasar á *cordel*; y tres gruesas piedras; *Amonúa*, del nombre de un arroyo que viene de la iz-

quier la, *Poraqui* y *Shira*; este es el último mal paso de alguna importancia.

Recuerdo además un pequeño *mal paso*, cuyo nombre no pude saber, en el cual el río choca contra una grande piedra con agujeros, en la margen derecha. Los *neófitos*, despues de pasado, escupieron contra la piedra, diciendo palabras que podían ser improprios.

Acabados los *mal pasos*, se abre el horizonte; los cerros son de mas suave pendiente, todos cubiertos de bosque, en los que se descubren árboles cubiertos de flores color de rosa, (bombax?). Los trechos llanos entre el río y los cerros son muy frecuentes y de bastante extensión; y se comienza á sufrir horriblemente de los mosquitos.

Hácia al anochecer llegamos á la confluencia del Bopi con el Beni. El primero entra encerrado por la derecha por una *barranca* ú orilla perpendicular, y á la derecha por un plano cubierto de bosque. Acampamos junto al desemboque en una playa grande, sobre la orilla derecha del Beni. El punto se llama, lo mismo que el plano inmediato, *guachi*. El horizonte, por primera vez desde mi llegada á La Paz, es bien abierto. Detras de nosotros, hácia el E. se extiende una cadena de cerros, orientados de S. á N. son los cerros de las misiones: en frente, hácia el N. O. se ven los últimos cerros del Bopi, y la alta *barranca* de la orilla izquierda del Beni, cubierta de charos y palmas. Entre el cerro del E. y el Beni. existe como he dicho, el gran plano de Guachi.

Habíamos andado desde la Espía treinta leguas; esto es, como ciento setenta kilómetros; con unos quinientos metros de descenso, y andando (no contando las curvas) con dirección N. N. O.

Desatado el *callapo*, inútil en adelante, cenamos; ví pasar un enorme murciélago, y recogí dentro del toldo muchos *brachinus* grandes.

Durante el día, había visto, sobre las pocas playas del río, carpas, hechas con hojas de *charo*, donde habían pasado la noche los *neófitos*, en los viajes anteriores remontando el Bopi.

En Guachi el barómetro marcaba al anochecer 721.

El 27 de mayo, nos levantamos temprano. El barómetro marcaba 724. Se trataba de subir el Beni para llegar á la misión de Covendo, distante seis leguas de camino de la confluencia del Bopi, hácia el Sud.

Para subir estos rios, nunca se usa el *callapo*, que es

muy pesado, sinó la balsa suelta. Se atan tres cordeles á la punta del palo de medio, detras de la tablita llamada *Hoimú*. Tres hombres saltan á tierra, y tiran la balsa con los tres cordeles; el cuarto, porque la tripulación de una balsa consta de cuatro hombres, baja también á tierra, armado de una caña larga de charo, ó *Dochucchie*, y apoyándola contra la tablita *Hoimú*, que está colocada parada sobre la proa, unas veces desde la playa otras entrando en el agua, empuja la balsa cuando está para chocar en la ribera.

La navegación en llano, monótana y lenta, nada ofrece de particular. Las orillas del río son bajas, con árboles de la especie *Palo de balsa*, charos, palmas y graciosas leguminosas gateadoras, con espigas cortas de flores grandes coloradas; ó de flores pequeñas moradas; y rara vez están cubiertas de bosque; se divisan siempre los cerros; de trecho en trecho se hallan corrientes que hacen sudar á los tripulantes y al puntero; y se ven volar aves blancas y algunas gabiotas.

Por la tarde, mis neófitos quisieron dejar el brazo principal del río para entrar en un brazo secundario á derecha; este estaba casi seco; y por tanto se vieron precisados en cada corriente á abrir camino á la *balsa*, quitando algunas piedras de las mas gruesas, y despues arrastrándola por fuerza sobre las piedras restantes. Dormimos sobre una playa, en la orilla izquierda, no muy léjos de la misión. El barómetro marcaba 722.

El 28 de mayo marchamos de noche oscura, hácia las dos de la mañana, y despues de pocas horas, al amanecer llegamos á la misión. Está situada sobre la orilla derecha del Beni, defendida y rodeada de cerros cubiertos de bosque, sobre una especie de altiplanicie hermosísima, en una altura de veinte á veinticinco metros sobre el río. Se veían sobre la playa algunas balsas en seco, y en el plano elevado las mujeres de la misión, que, avisadas por nuestros tiros de escopeta, venían á recibir los maridos é hijos ausentes durante un mes; pues habían salido el primero de mayo, y habían tardado veinte dias en subir el Bopi hasta la Espia. Pasamos una última corriente, remontamos por entre las piedras hasta frente á Covendo, y despues atravesamos el río, encostando al pié del camino que conduce á la altiplanicie. Yo subí á la esplanada, atravesé un trecho plantado de naranjos cargados de fruta, y de palmas

de *Motacú*, llegué al pueblo que entonces estaba desierto, porque todos estaban en el puerto; y me presenté al Misionero, que me recibió con gentileza.



## DE COVENDO A REYES

Informe del profesor Luis Balzan

A la Sociedad Geográfica Italiana,—Reyes (Departamento del

Beni 15 de Agosto 1891,



SEÑOR SECRETARIO:

Covendo, misión de indios moctenes, fué fundada por el misionero Angel Baldovino, Italiano, el año 1842, en el punto de Guachi, frente al desemboque del Bopi, en los 15° 39' lat. S. según el misionero N. Armentia, y 69° 24' long. O. de Paris, según el diccionario del señor M. V. Ballivián. Sus habitantes se llamaban entonces, Magdalenos, y se me dijo que, debían este nombre al de una Señora arrebatada en una de las escursiones que ella hacía por el Bopi, hasta las inmediaciones de Irupana. El lugar no era muy sano; y el año 1862, despues de un incendio que destruyó la misión, esta fué trasladada al lugar que actualmente ocupa. Por lo demás parece que un destino funesto la persigue, puesto que en 1887 una terrible epi-

demia de viruela redujo su población á cuarenta familias; mientras eran cien cuando su fundación; y pocas mas ó menos al mismo tiempo una mujer la incendió involuntariamente, reduciendo á cenizas no solo todas las casas del pueblo, sino también el convento y la iglesia; de los que solo quedaron en pié las paredes. Y se comprenderá fácilmente cuan fácil sea la destrucción de una misión de estas, con el incendio, si se tiene en cuenta que todos los techos son de hojas de palma ó de caña de charo, y las paredes de las casas de los *neófitos*, de troncos de la misma caña.

Covendo, como he dicho, esta situado sobre un gracioso plano elevado en los 15° 46' lat. S. y 69° 20', long. O. de Paris, según Ballivián; y aunque está encerrado entre collados, el horizonte bastante abierto, especialmente al S. E. Al N. de la misión, limitando por aquel lado el plano desemboca en el Beni el río de Covendo. El clima es mas bien cálido; y aún lo sería mas, sin la proximidad relativa de los *nevados* ó picos cubiertos de nieve de la Cordillera.

Abundan de día y de noche los mosquitos; y el país no es muy sano: dominan las fiebres tercianas, especialmente durante la estación de las lluvias, desde noviembre hasta marzo; y además es común allí la disenteria y otras enfermedades de los países tropicales.

Una enfermedad curiosa es allí la tos. Cuando las balsas llegan de un viage en el Bopi, todos los hombres están atacados. Esto por lo demás no debe causar sorpresa, porque la humedad en el valle de aquel río es inmensa; baste decir que al abrir los cajones de mercaderías destinadas á la misión que habían llegado conmigo, se alló todo mojado; y sin embargo la mercadería estaba encerrada en una caja de zinc bien soldada, además de esto los hombres deben estar casi siempre en el agua. Pero lo que es verdaderamente extraño, es que despues de uno ó dos días las mujeres y los niños, y el mismo misionero se ven atacados de la misma tos; y yo que había quedado libre en Covendo, caí bajo la ley común en Santa Ana.

Nota. Que esta peste de tos ó de catarro sea contagiosa, es creencia general en el Beni y Madre de Dios; fundada en hechos mal ó bien interpretados. En Julio de 1885 tuve lugar de observar esta especie de peste entre los bárbaros Araonas, y fué tan general, que nadie escapó de

ella; con la diferencia que mientras los blancos escapaban con las molestias consiguientes; los bárbaros morían en algún número. Si la enfermedad está en la atmósfera ó es verdaderamente contagiosa, no sabré decirlo. He visto igualmente grasar la peste de la tos ferina, gripe ó coqueluche, que hacía innumerables víctimas en las misiones y tribus salvajes, especialmente en los de catorce años para abajo, sin que por eso quedasen libres las personas de edad madura, fr. Nicolás Armentia.

Los productos de la tierra cultivados y cosechados por los *neófitos*, consisten principalmente; en cacao, café, coca, maíz, arroz, plátanos, yuca, frejoles, algodón, maní, etc., etc.

La misión está gobernada por un Misionero, autoridad absoluta, del Colegio de misiones de La Paz. El gobierno pasa al Misionero 25 bolivianos mensuales, y el Prefecto de misiones, nombrado cada seis años, goza de un sueldo de 20 bolivianos por mes.

Hé dicho que el misionero gobierna la misión con poderes absolutos; y así es en realidad, porque él es la única autoridad del pueblo; el *Casique*, el *Capitán* y los *mandones*, que el mismo nombra, no hacen sino transmitir sus órdenes á los otros indios.

El único castigo que se aplica á los *neófitos*, es el azote; castigo poco humano, si se quiere, y menos evangélico; pero (aunque sea doloroso el confesarlo) es también el único útil en esta gente, desde el momento en que se les quiere privar de la libertad de los bosques y reducirlos á vivir en sociedad. Existe sin embargo una celda por cárcel con un cepo.

El pueblo está orientado de E. N. E. á O. S. O. casi de E. á O. Detrás de él, se ven cerros cubiertos de bosque, de los que ya he hablado, y que van al N. y al frente, sobre la orilla del río, después de un gran plano, otros cerros con dirección al N. Hacia el S. la iglesia, inconclusa por el último incendio; al O. el convento de dos pisos, también inconcluso, otro convento terminado (acabado) al N. y un galpón para los carpinteros al E. cierran un patio plantado de naranjos, higueras, chirimoyas y parrás que forman un hermoso emparrado. La iglesia y los dos conventos tienen las paredes de adobes; de los que hablaré después. Detrás del nuevo convento hay otro gran cerco cerrado, que sirve para las ovejas, de las que hay un buen número, gallinas, etc. etc.

Frente á la iglesia, esto es hácia el O. se extiende el pueblo, formando de algunas filas de casas hácia el S. y otras hácia el N. que dejan entre sí una grande plaza, cerrada hácia el O. por otras casuchas, en medio de la cual hay plantada una gran cruz. Las cabañas de los *neófitos*, distante una de otra, están construidas, como he dicho de cañas de *chirí*, atadas verticalmente unas junto á otras, sobre una arrazón de madera, y cubiertas con las hojas de la misma palma *Molacú*. En cada una de ellas viven una ó dos familias; la puerta es común y está hecha de palos de *balsa*, atadas á la pared de las casas. Junto á cada casa hay una cabaña formada de pequeños troncos bien espesos y unidos en cono. Es el gallinero, necesario en aquellos lugares, por la gran cantidad de murciélagos que chupan la sangre de los animales y aún los envenenan. Entre una casa y otra sobre la plaza, se ven de día muchas gallinas patos y chanchos en bastante número. Observé que casi todos estaban llenos depiques, felizmente los *neófitos* comen esas carnes despues de cocidas. Através del patio del convento y la plaza existe un canal de agua clara, construida por el misionero N. Armentia, durante su permanencia en Covendo. El agua es del mismo Covendo, y viene de bastante distancia, por medio del bosque.

Todas las mañanas el misionero dice la misa en la antigua escuela, convertida en capilla despues del incendio, y los *neófitos* no están obligados á asistir á ella durante la semana; pero los domingos y fiestas nadie puede faltar. Los hombres se arrodillan á la izquierda, y las mujeres á la derecha; el suelo, de tierra, está cubierto con esteras. Durante la misa, los muchachos y muchachas cantan la doctrina, acompañados de una orquesta compuesta de violines, octavines, y un bajo infernal que descompone lo poco de bueno que sale de los demás instrumentos. Un muchacho con una pequeña bandera bate el tiempo, y todos están bajo la dirección del maestro de escuela, que también es maestro de música y cantor principal. El *Casique*, *Capitán* y *mandones* está reservado con sofá de madera colocado á un lado del altar, sobre el que arden velas hechas de cera recogida por los mismos *neófitos*.

Acabada la misa, se forman fuera de la Iglesia: á un lado las autoridades indígenas con sus bastones de mando, y de otro las mujeres, y los hombres del vulgo junto á la puerta de la iglesia. Cuando sale el misionero, le dan los

buenos días, en castellano, comenzando, lo mismo que todos sus saludos, por una invocación religiosa, y con los brazos cruzados delante del pecho, postura ordinaria cuando hablan con el misionero. Entonces este da sus órdenes á los *mandones Capitán* y *Casique*, que las comunican en alta voz á la gente, que se retira á almorzar.

Es curioso ver las mujeres, cuando vuelven á su casa, á sacarse la camisa de fiesta, que es generalmente blanca, y que se la ponen sobre la ordinaria, generalmente de color morado oscuro, para entrar en la iglesia.

Hacia las 8 de la mañana un tambor llama la gente al trabajo. Los *neófitos* deben trabajar una semana para la misión, y una para sí, alternativamente.

En su semana se ocupan del cultivo de sus chacras, ó con preferencia en cazar y pescar, lo cual hacen además todos los domingos y fiestas del año.

A medio día los muchachos salen de la escuela y van de lante del convento; saludan al misionero, diciendo en alta voz la data del día (*dicen el día de la semana* fr.N.A.) Por la tarde las muchachas, despues de haber cantado el *Ave María*, vienen adelante de la iglesia; con sus voces graciosas, *solo voce*, á dar las buenas noches al misionero, cosa que también hacen los muchachos, agregando un *hasta mañana*. Antes que anochezca se presenta el *Casique* el *Capitán*, ó algún mandón á dar cuenta del trabajo hecho, y se retiran todos á sus casas. A las ocho de la noche, una campana toca el silencio.

Todos los sábados, despues de medio día, las mujeres van á recoger leña para el convento, mientras las casadas sin hijos y las solteras, (pues las primeras son tratadas como las otras) llevan á la iglesia esteras lavadas y puestas á secar desde por la mañana; y cambian las flores del altar.

El misionero para su servicio tiene tres muchachos, que desempeñan también la cocina, bajo la inspección de un maestro de casa, mandón, llamado mayordomo.

Es extravagante el modo como limpian los platos, en presencia del misionero y del forastero, antes de ponerlos en la mesa; con la saliva y con la falda del tipoy ó camisa; que no brilla ciertamente por su limpieza! y preciso es acostumbrarse á ello.

La comida se compone de carne de ovja, además de la carne regalada de los *neófitos*, que tienen también la obligación, cuando regresan del Bopi, de llevar de regalo

algún pan al misionero; y en las fiestas de enviar sus mujeres á regalarle huevos ó alguna otra cosa. El pan cotidiano es la yuca ó el plátano asado.

Los Mosétenos son de un color bronceado no tan marcado como los indios del Gran Chaco. Definir cual sea su tipo, lo creo difícil; por cuanto he visto algunos con la nariz aplastada, y otros con la nariz aligüeña; con piel mas ó menos oscura, etc. etc.

No son altos ni bajos, y en general de complexión no muy robusta, generalmente no tienen barba; tienen cabellos negros, relucientes, duros y lacios; y (carácter que se ha conservado) sus pómulos son en general muy salientes. Están sujetos á una enfermedad de la piel, que es mas común todavía en las otras dos misiones que están mas al norte; resultado de la cual son manchas negras y blancas sobre el epidermis de los brazos y piernas. Les gusta mucho la chicha, bebida, por lo demás común á todas las clases sociales en las repúblicas del Pacífico; ella se prepara con maíz ó yuca hechos harina, bien mascados y mezclados con agua caliente y despues se cola el todo en una especie de sedazo cuadrado, como de ocho centímetros de profundidad, sostenido y colocado sobre cuatro palitos que se cruzan en los ángulos, y llamado *Chiarraqui*. La chicha de maíz se llama *Turá Shuocgé*; y la de yuca *Hoi hiocgé*. Su alimento se compone de plátanos, especialmente, y de yuca; y les gusta mucho la carne.

Todo el tiempo libre se dedican á la pesca y caza, como he dicho. Usan algunos la escopeta, otros todavía la flecha, llamada *igmé* y el arco *coingé*. El arco, largo de un metro setenta, mas ó menos, en sección rectangular afilada, un poco curva por fuera, está hecho de la *chonta*: es delgado en sus extremidades, con dos recortes en ángulo, pequeños y profundos, para poder asegurar la cuerda. Esta, llamada *Tcé*, está hecha de la corteza de una planta de tronco hueco y nudoso, semejante en las hojas á la higuera, aunque mas largamente pedunculadas. Las flechas son de diferentes formas, especialmente en cuanto á la punta; pero el mango está siempre formado por la caña de las flores del *charo*, liviana y sin nudos. Las recogen y las enderezan calentándolas al fuego. Y despues atan la palma hácia la extremidad inferior, esta pluma (pañ) de las alas de un pájaro de pico colorado, con una prominencia osea, también colorada, sobre la mandíbula superior.

(Para sus flechas emplean cualquier clase de pluma; y mas generalmente las de gallinazo, fr. N. A.) Desprenden las barbas de las plumas de modo que conservan una lista del epidermis que las une á ellas, y unen un pedacito á la parte inferior de la caña, por medio de una especie de lacre (el mascajo) que recogen en los bosques, teñido de color rojo que extraen de la semilla del *uracá* ó achioste (*hicia orellana*) que llaman *poñepu*. Usan también, pero con menos frecuencia, un lacre negro, llamado *Tiná*. Los dos pedazos de la pluma están pegados de modo que imitan una etica, en la base de la flecha.

Una vez pegadas las plumas á la caña con el mascajo, las atan sobre la misma pasando por entre las barbas un hilo muy delgado que aseguran en la extremidad con varias vueltas; el hilo se llama *Coomori*, producto de la corteza de una planta rastreadora. Entonces envuelven un hilo de algodón, generalmente morado oscuro, á base de la caña, para que no se raje; y otro hilo en la extremidad superior, donde debe entrar la punta del dardo. Esta es de palma *chonta*, como el arco.

Para la caza de monos y pequeños mamíferos en general, la flecha es de sección triangular, con ó sin dientes sobre los tres ángulos; para pescar es de forma redonda, muy larga, con dientes en realce, gruesos; y la caña no tiene plumas; para los pájaros no tiene punta, sino que termina en una bola gruesa, (uso general entre los indios, aun en el Gran Chaco.) Finalmente para cazar los grandes mamíferos; plantan en la caña un palo delgado de *chonta*, sin punta, y atan á este una especie de hierro de lanza, despues de haberlo hecho entrar en una canaleadura de la misma. La lanza es muy aguda, ovalada, de caña de *charo*, bastante dura. (No es de *charo*, sino de *ta-cuara*, fr. N. A.) Cuando váan á cazar, nunca tienen templado el arco, sino suelto de un lado, con una lazada ya preparada, para templarlo cuando es necesario.

Pescan, como he dicho, con flecha; y en esto son habilísimos; usan también un veneno, llama lo en español *barbasco*, que atraen de una planta, para envenenar los pequeños pescados en las posas de agua. Trabajan también en ciertas estaciones; por ejemplo en marzo, trampas ó *chapas*. Son dos cercos de *charo* que van estrechándose hacia abajo, en un brazo del río; de modo que obligan á los pescados á pasar por la estrecha boca dejada por la trampa.

Esto se hace generalmente donde existe un pequeño salto. Delante de la boca, debajo del salto, se coloca un lecho ó plano también de *charo* ó *guaracha*, donde quedan en seco los pescados que bajan entre los dos cerros. Los pescados los secan y los guardan para cuando les falta carne fresca.

Las mujeres no son muy hermosas, especialmente cuando han pasado los veinte años. Visten solo un largo *tipoy*, que ellas llaman *oscho*, mientras los hombres usan además casi todos pantalones. Hacen esteras, llamadas *tovo*, cuadradas, de mas de un metro cuadrado de superficie, con los nervios de las hojas de la caña *charo*, trensadas sobre una armazón de cuatro palos, también de *charo*, trabajan canastas de las hojas tiernas de la palma *Motacá*, de dos clases; unas pequeñas para colgarlas á la pared, *Ochior-chit*, otras mas grandes, ovaladas, para conservar los productos de las chacras; *umbú*, venteadores de las mismas hojas, algunos triangulares, trenzando las hojas hasta la base, *fifit*; otros también triangulares, pero un poco curvos, por encima, y las hojas sin trenzar, formando así rayos al pie; cedazos, redondos, poco profundos y cóncavos, para ventear el arroz; *Paschi*; ó *balay*.

Hilan el algodón, *Bacna*, y esto lo hacen de un modo especial. Su huso *Viquige*, es un palito de uno cincuenta centímetros, delgado y agudo en ambos extremos. Se hace entrar una de las extremidades en un pedazo de madera negra dura, como el palo, de forma rectangular, aplastado, que se llama *Chiongé*, y representa la cabeza del huso. Las hilanderas, sentadas en tierra, colocan á un lado, á la derecha un palo liso, y lo frotan con una composición de la ceniza blanquiza de una planta; entonces hacen pasar la extremidad del palo, que queda distante del *Chiongé*, como cinco centímetros, entre el pulgar é índice del pié derecho, y apoyan la otra extremidad sobre el palo liso. Hecho esto, mientras con la palma de la mano imprimen un fuerte movimiento de rotación de vaivén, al huso, frotándolo contra el palo liso, con la otra sostienen y dejan avanzar el algodón ya arrancado ó fijado á la extremidad del huso que pasa entre los dedos del pié, y despues á la parte central del mismo huso. Despues de dos ó tres vaivenes, dan un golpe fuerte en un sentido, y dejan andar el huso, que, gracias al volante ó *coingé* continúa un poco de tiempo su movimiento de rotación, el algodón se envuelve en el huso.

Este algodón hilado, *Bumá*, del que hacen grandes ovillos, lo saben teñir con hermosos colores, como azul, morado, amarillo, colorado, todos sacados de plantas, y trabajan con sus maricos ó alforjas y otras cositas, usando de tela res-primitivos, que consisten en dos palos horizontales y varillas de charo.

También trabajan ollas, cazuelas y cántaros de barro, y de esto están encargadas las mujeres que se ocupan de la fabricación de la chicha.

Las criaturas las llevan dentro de un saco, (marico) especie de bolsa con una faja, que hacen pasar por la frente, mientras la bolsa misma queda sobre la espalda de la madre. Este saco que ellas mismas trabajan, tegiéndolo con hilo de algodón, se llama *Sava*, mientras otros de la misma forma, pero mas pequeños, que usan los hombres colgado al cuello se llaman *Quip*. Las criaturas ya grandecitas, se llevan como hacen las mujeres en el Paraguai, esto es cavalgadas sobre una anca, sosteniéndolas con un brazo por detrás de la espalda.

El vestido que usan todos, mas ó menos largo, y que se llama siempre *tipoi*, término general en el cual es conocido en todos los países, no es mas que una especie de camisa hecha de género de algodón; ya lo usan pocas veces de algodón tegido en el país; y antiguamente lo trabajaban con la corteza de un árbol llamado *Biboci*. Es un saco, cerrado, naturalmente, por un lado, y abierto por otro. Sobre los dos lados mas largos, dejan abiertos unos pequeños trechos, donde éstos todos hacen ángulo con el fondo del saco; en el medio de este fondo practican un corte como de veinticinco centímetros longitudinal, adornando las crillas con alguna trencilla cosida en el borde; y el *tipoi* está hecho. Por los dos agujeros laterales salen los brazos, y como la camisa es muy ancha, el fondo superior recae sobre los brazos, á manera de manga, cubriéndolos hasta el codo; por el agujero del fondo del saco de la cabeza.

El language de los Mosetenes, es, como casi todos los de los indios, de monosílabos y giros; cuando uno cuenta un hecho, lo escuchan y repiten despues la última sílaba, diciendo todos Aah, Aah, que quiere decir; Sí, sí. Me parece notar la ausencia de la l; se pronuncian como en italiano z, y se, cosa muy difeíl para los españoles; la u y la i, con frecuencia.

Durante el día, á todo toque de campana deben rezar-

y despues de haberlo hecho, si algún forastero ó el misionero están presentes, le dan los buenos días, por mas que hayan conversado con él hasta entónces. Los misioneros no se ocupan en enseñarles el español; porque el idioma en uso es el moseteno. Los muchachos van á la escuela, donde se les enseña á cantar y rezar, y algo á leer y escribir. El maestro es un *mandón*, y tiene derecho á un bastón de mando; los bastones son de madera oscura con el mango de plata ó metaal blanco; y el el de Cacique está coronado por una figura.

El Juéves santo se recogen los bastones, que son de nuevo entregados el sábado al *Gloria*; de este medio se vale á veces el misionero para cambiar algún mandón que ya no es de su agrado.

Hé dicho que los Mosetenes no son muy robustos. Las camas son varias; la insalubridad del clima; la chica que beben á veces en putrefacción; el estar todos en la misión mas ó menos emparentados; la necesidad de casar los jóvenes entre sí y la precocidad del matrimonio. Los muchachos se casan á los diez y seis años; el misionero lo llama juntamente con el padre, y le pregunta con quien quiere casarse.

La muchacha designada es llamada entonces con la madre, y se le pregunta si acepta al tal individuo por esposo. Si la respuesta es afirmativa, el asunto está terminado; y si no, se dice al muchacho que busqué otra. Y con este sistema suceden casos bastante graciosos, contradicciones curiosas. He dicho que el hombre y la muger casados, pero sin hijos, son considerados como solteros en cuanto al servicio.

Les gusta mucho, especialmente á las mugeres, el adornarse el cuello con collares, los que trabajan con varias semillas. El *Queriqueri* del que ya he hablado, colorado y negro: el *amisqui*, verde negrusco, en forma de pequeños fregoles; q' despide e i seco un olor fuerte, agradable; el *Otoctó*, en forma de pequeñas perlas cilíndricas y negruscas, que están interpolados á veces con dientes de monos etc. Tambien cuelgan collares á las criaturas, en los que ponen tambien colas de ardilla, plumas y picos de aves, pequeños *Shucú* ó poritos, de que hablaré despues, etc. etc.

Su cama, como todas las camas de la misión, consta de cuatro palos plantados en el suelo en rectangulo; sobre los cuales se ponen otros cuatro palos de *chonta* ú otrama-

dera, formando una armason, y sobre ella se forma una guaracha, y encima una estera. Y de estas guarachas se ven en el patio de la misión y entre las casas; más ó ménos elevadas, y sirven para exponer cualquier cosa á secar al sol.

He dicho al principio que los techos de la misión son por lo general de palma *Motacá*. Se buscan las hojas maduras de esta palma, despues de haber preparado la armason del techo. Esta consiste en *charos* puestos paralelamente al techo, y atados á corta distancia entre sí á algunos palos que bajan desde la cumbre hasta las paredes. Entouces se cortan las hojas en pedasos, y estas se atan comenzando por abajo, sobre los *charos*, paralelamente á los pelos sobre los que estan atados estos, y se sigue así por las filas una despues de otra, á cortas distancias entre retazo y retazo, hasta la cumbre, de modo que los pedasos de una fila cubran con sus hojas al ménos la mitad de los de la fila inferior: en la cumbre, paralelamente á la viga que la forma, se extienden hojas enteras de *Motacá* y se atan con bejacos ó lianas á unos palos que se hacen pasar de una parte á otra del techo, pasandolos por debajo del palo de la cumbreira.

Algunas casas, especialmente las destinadas al Convento, estan cubiertas con hojas de *charo*. Estas están dobladas en dos sobre los *charos* mismos, paralelos á la cumbre, comenzando siempre de abajo, de modo que las hojas de un *charo* superior, cubran al menos la mitad de la de inferior. La cumbre está siempre cubierta con hojas de *motacá*.

Se ven junto á la misión, grandes carpas, donde los *neofitos* fabrican ladrillos y tejas, y dos ó tres hornos para cocerlas; pues se piensa sustituir la teja á los techos de palma y *charo*, al menos en el convento y la iglesia.

Al E. de la misión existen grandes fosas redondas, como de dos metros de profundidad donde se prepara el barro para trabajar adobes. Recordaré incidentalmente, que al cavar estas fosas, se hallaron muchos esqueletos de indios antiguos, y junto á los craneos de estos, cántaros pequeños, que talvez habían contenido chicha; achitas de piedra, de las que conservo algunas, y es curioso observar que estas hachitas son iguales en todo, á las que me regalaron en Yungas, desenterradas, segun se me asegura en la finca de Santa Gertrudis, é iguales tambien á las que aun se usan en el Bajo Beni; lo que haría creer en un ori-

gen comun de todas estas tribus del centro boreal de Bolivia.

Pero, volviendo á los adobes, cuando se los quiere trabajar, se manda á las mugeres recoger la paja, y ésta, despues de seca, se recorta por medio de una hoz atada á un árbol, con el corte hácia arriba. Entonces echan estos pedazos de paja en la fosa, donde ya está preparado el barro, y se pisa bien junto con este. La mezcla se lleva á un patio ó cerco donde están preparados en el suelo varios moldes de madera; en pares; y se echa dentro, pisandolo bien; quitado el molde resultan dos adobes, uno junto al otro, generalmente de sesenta centímetros de largo por treinta de ancho y quince de grueso; los que se dejan secar al sol. Esta especie de ladrillos es común en todas las repúblicas del Pacífico. En Covendo no son los indios Mosetenes quienes los fabrican, sino algunos peones contratados para el efecto por el misionero.

Los neófitos se proveen de las mercaderías necesarias, como cuchillos, géneros de algodón, etc. etc. del mismo misionero que las hace venir de la Paz. Ellos pagan con productos del suelo, y lo que sacan de la venta de sal. Todos los años, cuando las balsas van á la Espia, traen á las misiones, á más otras mercaderías, muchas cantinas de lata, llenas de sal. Estas son distribuidas con equidad entre los hombres, dando alguna demás al *Casique*, *Capitán*, etc. Los neófitos van al menos una vez al año al puerto de Reyes, recorriendo el camino que yo mismo he recorrido, y venden allá la sal, y con el dinero que sacan pagan lo que deben al misionero.

Detras de la misión, hácia el E. se extiende todavía un poco el plano, cerrado hácia el N. E. por el Covendo, y por otras partes por el bosque. El plano está todo sembrado de *motacú*, cargados de parasitos, entre los que noté mucha *vainilla aromática*; algunos *preais*, de los que hablé en Yungas, y que parecen espontáneos, y alguna otra planta, y está cubierto de yerba espesa y alta. Por el pasa la acequia de agua ya conocida.

Los bosques que rodean la misión, siguiendo el rio hácia el Sud, no son muy difíciles de penetrar, aun cuando es preciso pasar á menudo arroyos pintorescos, ó cavalgar sobre gruesos troncos caidos, ó doblarse en dos (hablo por mi cuenta) para pasar por debajo de ellos. Se ven bellísimas plantas: *Bombax*, con hermosísimas flores de color de rosa; otras elevadísimas ó con el tronco hinchado hácia la

base; arboles enormes, de corteza blanquizca, que parecen sostenidos hácia la base por grandes contraescarpas, que no son sinó prolongación de las raíces que dejan especie de nichos entre sí; parásitos bellisimos, especialmente entre las *epaticas*; culantros con grandisimas hojas, en las orillas de los arroyos; helechos rampantes, y una gran variedad de palmas.

Recuerdo entre las especies del bosque, el tan renombrado *Motacú*, llamado en moseteno *Mannay*, con grandes hojas en forma de pluma, con hojitas en pequeños grupos, y el tronco cubierto, especialmente arriba, por la base de las hojas caidas, entre los que nacen parásitos diversos. La infrutescencia es una enorme espiga, colgante, y los frutos son ovoidales, del tamaño de un huevo pequeño de gallina, y contienen debajo de la corteza del involucre leñoso, tres almendras semejantes al coco. La inflorescencia está encerrada en una enorme bratea leñosa ovoidea con punta, que se abre de un lado cuando maduran las flores, y cuando seca sirve de yesca. Del fruto se extrae aceite. Recuerdo el *Shubó*, cuyo tronco es mas delgado que el de la precedente: está cubierto aun por arriba, por la base de las hojas caidas, cargadas de parásitos. La hoja es grande, de forma de pluma; las hojitas blanquecinas inferiormente, y de color verde oscuro superiormente, están dispuestas en hermoso orden á ambos lados, juntos entre sí y rígidas, solo dobladas un poco en la extremidad. La raquide central de las hojas, está armada inferiormente de espinas: el fruto es mas pequeño que el del *Motacú*, un poco ovoideo, afilado hácia la extremidad exterior, tiene el involucre leñoso muy negro y delgado. Los indios hacen de el anillos, con tallados, y los llevan en los dedos. A veces le ponen embutidos pedacitos de concha madre perla. Tambien merece un recuerdo el *Itapashi*, palma baja, delgada y sin espinas, coronada de pocas hojas en forma de pluma, elegantes, con las hojitas bien dispuestas.

Su inflorescencia es un racimo con innumerables florecillas amarillas, adoríferas, reputadas medicinales; (*es la Siyaya*, Fr. N. A.) Las mugeres llevan á menudo estos racimos colgados al pescuzo. El racimo maduro es colorado, y cubierto de frutos con corteza delgada, negra, semejante al frijol en la forma. Sobre cada planta nacen varios racimos un poco más abajo de la base de las hojas. Hay además el *Ogdó*, sin espinas, de tronco elevadísimo,

recto, delgado, un poco hinchado en el medio, y con las raíces un poco descubiertas, como unos treinta centímetros sobre tierra. Ella está coronada de pocas hojas todas á la misma altura, con la base en forma de vaina que forma un tubo un poco hinchado en el medio, en la extremidad superior del tronco. La base en forma de vaina de estas hojas sirve á los neófitos para hacer una especie de bateas se llaman también *ogdo*; (se asemejan á un papel de vizcochuelo; fr. N. A.)

Las hojas son en pluma, y las hojitas, cuando la planta es tierna, están por intervalos abiertas sobre la raquide; delgadas en la base y bastante anchas y entrecortadas hácia la punta, como una ala de mariposa; viejas, se abren en muchas hojitas con la base común y ligeramente cuneadas. Las flores amarillas, sobre un racimo largo están encerradas en una bratea en forma de tubo curvo, con punta, que cae; nacen dos ó tres sobre el mismo tronco, donde termina el tubo formado por la base de las hojas. El fruto es redondo, grueso como una guinda. Agréguese el *Vishiri*, también sin espinas, de tronco alto, muy delgado, igual, sostenido totalmente fuera de tierra, por raíces dispuestas en cono, que salen del suelo como dos metros; y están colocadas alternativamente; la última, esto es la que mas se eleva, es generalmente de color café. Todas están cubiertas de espinas cónicas. Las hojas, que nacen todas á la misma altura, son semejantes á la del *ogdo*, pero mas pequeñas, con las hojitas mas delgadas, dispuestas como en un penacho, y son en mayor número. También tienen la base en forma de vaina, que forma un tubo delgado, larguío, no hinchado. El rácimo es mas pequeño, que el del *ogdo*, y los frutos son redondos. Viene despues la *Chonta*, tan usada *Vuay*, en moseteno, de tronco delgado, alto, cubierto de anillos de espiaas, mientras los espacios entre uno y otro anillo, correspondiente probablemente á la inserción de las hojas caidas, no las tienen. Las hojas en pluma, forman una graciosa corona, son espinosas en el raquide, y adornadas de hojitas delgadas en grupitos. Nace en grupos de tres ó cuatro individuos juntos. El *Chiomí*, semejante á la *Chonta*, pero sin espinas y bastante elevada; las flores en racimo, están resguardadas por una bratea, interiormente amarilla. El *Casanré* muy curiosa, porque las hojas en pluma no forman una corona superior, sino que nacen desde el pié, y con su base, cubierta de espinas, hacen parecer su tronco como bastante espinoso. El

*Arizqui* es como de tres ó cuatro metros de altura, de tronco delgado, todo cubierto de una especie de corteza fibrosa y espinosa: las hojas espinosas son en forma de pluma, con hojitas que dejan espacios, aunque cortísimos, vacíos sobre la raquíde. La inflorescencia en un pequeño racimo, con frutos ovales, un poco punteagudos, gruesos como un huevo de paloma. El *Cocopé*, á penas de un metro y medio de altura, con tronco bastante duro, coronado de pocas hojas en forma de pluma, adornada de hojitas alternas en forma de lanza, bastante punteagudas. Los frutos mas pequeños que un guisante, negros, redondos, nacen debajo de un racimo colorado.

El *Zaveth*, sin tronco, formada de un grupo de hojas palmadas en forma de abanico, con larguísimo peciolo. Las hojitas están reunidas en cuatro grupos, divididos hasta el peciolo, mientras en todo grupo las hojitas están solo divididas hácia la punta. Con las hojas muy tiernas, todavía cerradas, se hacen sombreros: (es la palma *Jipijapa*, fr. N. A.)

Una planta bastante común, desde Yúngas, es el *Palo santo de hormigas*, delgado, alto, muy recto, con ramitos cortos, adornados de hojas grandes, ovaladas, lanceadas y pecioladas. El tronco leñoso está vacío al interior; el canal será como de ocho centímetros de diámetro, hasta la extremidad de las mas pequeñas ramas, que comunican con el tronco. Pequeños canales parten del principal, y salen por pequeños agujeros, alternos, sobre la corteza. Toda la planta está llena de hormigas largas, amarillentas, que al menor choque salen, y si muerden producen un dolor muy agudo. Pude cortar un ramo, del que conservo algunos pedazos. Por lo demás, fuera de estas existen en el bosque otras hormigas, especialmente algunas amarillas, que muerden horriblemente.

Hácia la playa la vegetación mas pequeña y rala, hasta que se entra en los *charales*, *Avicre*, en moseteno, (cuando el charo está labrado se llama *Chiri*,) y indican la proximidad del río.

Durante mi permanencia en Covendo recogí siete especies de murciélagos; bellísimos baetracios discodátiles; otros baetracios entre los cuales un sapo enorme, pescados de formas extrañas; Saurios y ofidios, entre los cuales uno grueso de color verde, vientre amarillo, con manchas blancas orladas de negro, raro, que está siempre enroscado en las ramas de los arbustos sin moverse. Me lo tra-

geron de la banda opuesta del río, en balsa, sin que buscase á escapar, ni se moviese de su rama; algunos dicen que es bastante venenoso. Otras vívoras, me las trageron vivas, encerradas en un tubo de tacuara, (bambu). Muy pocos insectos, á causa de la estación del invierno poco favorable.

Aquí hablaré de un animal curioso, que habita en los bosques y del que existía un individuo domesticado en los corrales de la misión. Es él *corcobado*, ó giboso, gallináceo del tamaño de un gallo. La espalda, que es arqueada sobre el cuello, y que con esto justifica su nombre, es de color castaño oscuro; el cuello morado con reflejos; la cabeza negra, velluda; las extremidades exteriores de las álas verde oscuro metálico, y por dentro blancas, de modo que resulta, cuando está con las álas recogidas, una mancha oval blanca, hácia la cola, que es muy corta. El animal se habitúa bastante bien á la vida doméstica. El que ví en el corral de la misión, no piensa sinó en mortificar á sus compañeros, y cuando se echa alguna cosa á las gallinas, él acude corriendo con el pescueso estirado hácia adelante, haciendo oír un grito, que suena: *chec, chec; chec, chec. . .* con el solo gusto de impedirles el comer. Era amigo de un gallo colorado, mientras había sostenido algunas peleas con otro gallo blanquizco. Si talvez los dos gallos peleaban entre sí, él corría y se ponía de un lado, con su cuello bien estirado, como un juez; si su amigo vencía, él no se movía, más si perdía, abajaba el cuello y se agarraba con el gallo enemigo, elevándose con grandes saltos, cuando éste se le venía encima. Cuando una persona se le acercaba, abría las álas, abajando el cuerpo, y dá un grito que suena: *qui, qui, qui*; y los neófitos dicen que saluda. Procura siempre entrar á la iglesia, y cuando oye cantar, dá prueba de su cualidad más curiosa, esto es, de ser ventrílocuo. Comienza con algunos golpes secos, que terminan con un rumor sordo, prolongado, como el ruido de un tambor lejano.

He hablado del *palo de balsa* y del de *cordel*; no sera demás dar aquí una breve descripción; ya que tanto abundan estas maderas en Covendo. El *palo de balsa*, *cañere* es una *bombacea*, arbórea, de corteza lisa, blanquizca; el tronco no tiene muchas ramas; las hojas son grandes, largamente pedunculadas, *subcordadas*, un poco acuminadas, con cuatro grandes dientes en las márgenes, dos por lado. La flor es grande; breve pedunculada, el cáliz grueso y ve-

lludo; los cinco pétalos blancos, los estambres envueltos en espiral sobre el estigma.

El tallo es la acostumbra cápsula que encierra muchas semillas envueltas en un algodón amarillo, parecido á la seda. El tronco sirve para hacer las balsas hasta la edad de cuatro años; y una balsa despues de un año de servicio ya no sirve para largos viages. Comienza á crecer hácia la Asunta, sobre el Bopi.

El *palo de cordel*, es también *Bombacea*, y se llama como he dicho *Ocoyá*.

El tronco nuevo esta cubierto de protuberancias, pequeñas casi rectangulares, verduzcas y duras, y se divide generalmente, como las ramas, tricotómicamente. Las hojas, largamente pecioladas, son palmadas, compuestas de siete hojitas sublanceoladas, dispuestas en abanico. La flor, grande, parece una bellota cuando está cerrada. El caliz, grueso, en forma de cúpula. Los cinco pétalos, blancos interiormente, y exteriormente oscuros aterciopelados, están rizados hácia abajo. Los estambres libres superiormente, innumerables, de filamento largo, por el que están unidos á la base, y despues divididos por un poco en cinco hacecillos interiormente: cada uno de estos manojos, parece dividido en dos, exteriormente. El estilo es largo simple y delgado. El fruto es una cápsula oblonga como de unos veinte centímetros por seis de diámetro, de sección pentágona atenuada en la base y en la planta; encierra muchisimas semillas redondas, envueltas en el algodón ó seda vegetal, amarillo ceniciento.

Otra planta digna de mención es el *árbol de poros* (*la tutuma* fr. N. A.) que provee con sus calabazas ó poros de platos, tazas y botellas á los *neófitos*. Es un arbusto grande de corteza blanquizca rugosa, de mucha rama. Las hojas cuneadas, agudas en la punta, están sobre nudos en las ramas, en manojos esparcidos. La flor, que parece una grande *Campanilla*, es de pedúnculo corto; caliz herbaceo bipártito, corola subcampanulada, casi unilabiada, con el borde quinquedentado con dientes rugosos.

El tubo forma un pliegue profundo por un lado, junto al caliz; color verduzco, con venas rojo oscuras. Los estambres didinamos tienen las anteras morenas. El estilo es largo y sobrepasa los estambres; el estigma petaloideo y bipartito, el ovario está encima.

El fruto es grande como un melón, brevipedunculado, con corteza dura, y está lleno de una pulpa blanca que en-

cierra las semillas. Existen dos especies ó variedades; la una de fruto oblongo, *Shucu*, con el que haciéndole un agujero por arriba y vaciándolo, se hacen las botellas, llamadas *Shucu*; la otra, de fruto casi redondo, en forma de pera, que dá los platos y tazas, partiéndolo en dos.

Este se llama como los utensilios que de él se hacen, *Erepa* y sus flores tienen más venas rojas que las del otro. El *Pacai*, que solo conocía por el fruto, tiene el tronco y las ramas en ángulo; las hojas grandes paripenatas, con pocas hojitas grandes, subovaladas, sin pedúnculo y con los intermedios entre las hojitas, sobre el pedúnculo primario, alados. La flor es en espiga con caliz y la corola de un solo pedazo, dentada sobre el borde y tubiforme; los estambres largos y en copo.

Y basta de Covendo. Solo notaré que durante mi permanencia, el barómetro osciló entre 717 y 722 milímetros, con cielo á menudo incierto, el igrómetro entre 55 y 65, llegando alguna vez á 70 y 75: el termómetro llegó á más 30 Cent. como máximo, y á más 18 C. como mínimo, una sola vez durante un viento S. O.

El número actual de familias en Covendo es de 45.

Pondré aquí algunas palabras, y la numeración en Moseno.

|            |          |                |                         |
|------------|----------|----------------|-------------------------|
| Agua.      | Ojni.    | Bajo.          | Ytiga.                  |
| Tierra.    | Hac.     | Largo.         | Mutciaincai.            |
| Sol.       | Tzufi.   | Corto.         | Ytiya.                  |
| Luna.      | Yvna.    | Viejo.         | Piret.                  |
| Estrella.  | Onitan.  | Jóven(hombre), | Nanat,                  |
| Río        | Ojni.    | Joven(mujer),  | Nanás                   |
| Padre.     | Tata.    | Uno.           | Yris.                   |
| Madre.     | Noño.    | Dos.           | Paná.                   |
| Hermano.   | Vogit.   | Tres           | Chibbin.                |
| Hermana.   | Vogis.   | Cuatro.        | Guapengé.               |
| Fuego.     | Tsi.     | Cinco.         | Canani.                 |
| Casa.      | Aca.     | Seis.          | Ebeufi.                 |
| Nube       | Añe.     | Siete.         | Yevetigé.               |
| Lluvia.    | Añey.    | Ocho.          | Quencañ.                |
| Trueno.    | Piriri.  | Nueve.         | Arajtac.                |
| Rayo.      | id.      | Diez.          | Tac.                    |
| Escopeta.  | id.      | Once.          | Tac iris ijañ.          |
| Relámpago. | Maimahe. | Veinte.        | Pana qui tac.           |
| Hombre     | Tsofi.   | 21             | Pana qui tac iris ijañ. |

|         |         |  |             |                          |
|---------|---------|--|-------------|--------------------------|
| Mujer.  | Peen.   |  | Treinta.    | Chibbin qui tac.         |
| Grueso. | Mabbé.  |  | 41          | Tisisqui tac iris ijafi. |
| Seco.   | Maratí. |  | Cien.       | Tac qui tac.             |
| Alto.   | Mutcé.  |  | Doscientos. | Pana tac qui tac.        |

Había resuelto salir de Covendo el 14 de junio, despues de misa. El *callapo* estaba pronto desde el día anterior, y sobre la balsa de la izquierda habian hecho la armazón del toldo *Fodaisis*. Este trabajo se hace del modo siguiente: se toman cañas *charos* y se rasgan por mitad; una de estas se ata á una de los *Cerac* ó palos verticales que sostienen la *guaracha*, despues se arquea el *charo* hasta que quede la curva como á un metro de altura sobre la *guaracha*, y se ata el otro extremo al *Cerac* ó chonta opuesta, al otro lado de la *guaracha*. La misma operación se repite generalmente con otras dos cañas. Entonces sobre las tres cañas dobladas se atan otros tres pedazos de la misma caña, uno sobre la cumbre del arco y dos por cada lado. El *Fodaisis* ó toldo está hecho, y se le puede cubrir con una tela, para resguardarlo del sol y de la lluvia. El mio estaba sobre la parte de proa de la *guaracha*, y ocupaba esta como metro y medio en largura: pero el lugar y las dimensiones del *Fodaisis* no son fijos.

El *callapo* para bajar el Beni no se construye con las mismas precauciones que para el Bopi: se usan solo dos palos para unir las dos balsas, y estos no se atan tan fuerte, porque no se hallan corrientes peligrosas; y los fardos que forman la carga no se atan generalmente.

Al bajar al río para embarcarme, eché una última mirada á la espléndida vista que se goza desde el plano hácia el Sud, donde los cerros abriéndose á lo léjos, forman un vasto horizonte; mientras el Beni viene serpenteando entre los bosques ó dividiéndose, á causa de la bajante, en varios brazos que tienen de veinte á sesenta metros de anchura.

Aquí antes de olvidarme, diré que el Beni se forma á seis leguas al S. de Covendo, con los ríos Queteto ó Cotages (que se forma con las aguas de las provincias de Inquisivi y Ayopaya) y Altamachi (que viene también de la provincia de Ayopaya, departamento de Cochabamba), que se reunen en ese punto.

A las ocho y media de la mañana hizé la bandera y marchamos en medio de las descargas de escopeta de mis tripulantes, tiros de costumbre á la salida y llegada.

Para bajar el Beni la tripulación de un callapo es solo de cuatro hombres, pues no existen sérios peligros, y una de las balsas se abandona en el lugar de llegada.

Esta vez seguimos el brazo principal del río. Hacia las diez a. m. el río se presenta angosto, sin playas, lleno de troncos arrastrados por la corriente, y corre entre bosques. Se ven sobre las playas varios *neófitos* que, aprovechando el Domingo cazan ó pescan. Las corrientes, de ninguna importancia, son numerosas, y solo al pasarlas trabajan un poco los neófitos, para dirigir el callapo, mientras en las aguas mansas están sentados en sus puestos, en popa ó en proa, dos en cada balsa, sin moverse.

Hacia medio día, vi, despues de un fuerte recodo del río, un cerro á la derecha, de tierra colorada, cosa bastante común en las misiones. Las riberas están siempre cubiertas de *charos* sobre los que trepa una especie de frejol con espigas de flores moradas; se ven muchas aves en las playas; vimos también algunas *Capihuaras*.

A la una y tres cuartos pasamos delante de la boca del Bopi, dejando Guachi á la derecha; y a las tres y cuarto hallamos una corriente con muchos brazos y un fuerte recodo. El horizonte al E. S. E. era muy abierto, mientras al O. N. O. se presentaban cerros bajos que llegaban hasta el río. A las cuatro y diez dejamos á la derecha el punto llamado Chiboy, en otro tiempo habitado. Se desprenden sobre el fondo cerros poco elevados, iguales que van del E. S. E. al O. N. O.; delante de estos, largas colinas aun mas bajas, que dejan abierto el horizonte al O. Hacia las cinco descubrimos rocas, á la derecha, de las que algunas llegan hasta el río; y á las cinco y tres cuartos acampamos sobre la orilla izquierda; el horizonte estaba cerrado de todas partes por las colinas.

Durante el día tuve ocasión de admirar la habilidad de los *neófitos* para pescar con flecha. Ven al pescado donde cada uno de nosotros nada descubre; la siguen con la punta de la flecha y el arco tendido, y cuando llega el momento oportuno lo traspasan con rara seguridad.

De cuando en cuando se encuentran sobre las playas las acostumbradas carpas de *charos*, que sirven para pasar la noche al regreso, cuando suben el río; entonces se camina poco.

Mientras se armaba el toldo, que me había sido prestado por el misionero, el mismo del Bopi, y los neófitos iban y venían en busca de *charos* y de moras para atarlos;

etc. llevando el cuchillo colgado detras de la cabeza por medio de un hilo atado al mango, y envuelto al rededor de la cabeza, se me acercó el *mandón del callapo*, y me preguntó con sencillez; *Vos gringo?* Pues ellos distinguen inmediatamente al hombre de raza europea, que probablemente aprendieron á llamar *gringo* en Irupana del boliviano, que llaman *Matagua*, especialmente cuando es de baja condición.

El barómetro estaba en 725.5.

El 15 de junio (barómetro 726,5) marchamos como á las seis de la mañana.

Hácia las siete ví una barranca de greda colorada, y á las siete y media cerros cubiertos de bosque á la izquierda muy inmediatos al río, y despues otros á la derecha.

Un poco mas abajo, se halla á la derecha un plano cubierto de *charos*, donde se descubren plantaciones de plátanos, un árbol grande en el medio, y balsas en seco, sobre las playas.

Al frente, á la izquierda, se ve un plano alto pespejado, antes del cual, y en un ángulo del río, desemboca el Piquendo, río de poca importancia. De allí se descubre ya la misión de Santa Ana. Pasado el plano de derecha, el río baña el pié de ciertas colinas pequeñas, cubiertas de vegetación en algunos puntos; desnudas y coloradas en los flancos, con rocas y una corriente en recodo, y choque al pié mismo: pasada esta se llega á la base de una barranca alta de veinticinco ó treinta metros; sobre la cual está situada la misión.

Fran las ocho y media de la mañana. Habíamos andado desde Covendo 16 leguas, siempre hácia el N. O. con ochenta ó cien metros de descenso.

Poco diré de esta misión (colocada según Ballivián en 15° 29' lat. S. y 69°32' long. O. de París) pues las costumbres, etc., son á corta diferencia las mismas que en las otras.

Santa Ana fué ciertamente la mas feliz de las misiones mosetenas, respecto de incendios y epidemias. La de la viruela de 1889 la respetó, pasando de Covendo á Muchanes, que está mas al N. y que fué destruida. Cuenta actualmente 37 familias. El pueblo está orientado del E. al O. Hácia el E. se alza la iglesia con una torrecita; el convento á la izquierda y la escuela á la derecha. Delante una gran plaza con la cruz al medio, y á los costados, al S. y N. las filas de casas de los neófitos, siempre distantes entre

sí, construídas poco más ó menos, como en Covendo, con la diferencia que las de Santa Ana son rectangulares, mientras que las de Covendo tienen los costados en semicírculo; ó como dicen allí, con cola de pato.

El río corre casi del E. al O. al S. de la misión, al pié de la barranca, que se tiene que bajar por un sendero incómodo.

La misión de Santa Ana fué fundada en 1815 por el misionero Andrés Herrero, español, el mismo que fundó el Colegio de misioneros de La Paz.

Al O. el plano del pueblo desciende á otro plano mas bajo, con una playa ancha, donde el río forma una revuelta hácia el N. Allí cerca, desemboga en la orilla izquierda el Suapi, río pequeño, que como el Piquendo nace en Yángas. De encima de la barranca se descubre el plano de la orilla izquierda, del que ya he hablado, cubierto de *charros* y sembrado de plátanos, y detras de éste, cerros cubiertos de bosque; lo mismo que detras de la misión. El horizonte es mas cerrado que en Covendo, solo un poco abierto hácia el E. S. E. El clima es mas bien cálido, y durante el día abundan los mosquitos.

En Santa Ana la llamada al trabajo por la mañana, no se hace con tambor, sinó con una campana; entonces el *Capitán* y un *mandón* de las mujeres salen de su casa y gritan la orden de trabajo, el primero para los hombres, y el segundo para las mujeres.

No existen hornos de ladrillos; pero en cambio los carpinteros trabajan bastante bien.

Noté aquí las mismas enfermedades que en Covendo, aunque la de las manchas de la piel es mas común.

Acostumbran reirse á carejadas cuando se les cuenta alguna desgracia sucedida á alguano, por mas inmediatamente pariente que sea.

Las muchachas asisten á la escuela en el pequeño recinto, cerrado por una pared, delante de la puerta de la iglesia, y allí hilan rezando en voz alta la doctrina. Algunos son muy diestros en trabajar modelos de *balsas*, con los mismos materiales de las grandes, y las *balsitas* son un juego muy común entre los chicos, especialmente despues de una lluvia. Otro juguete he visto, hecho con el fruto de un arbusto llamado *Titecoz*, al que atan al rededor un hilo, haciendo desenroscar con fuerza el hilo, el apa-

rato produce un ruido semejante al de un viento fuerte.

Los hombres se distraen tocando su *boñege* (flauta de tacuara); especialmente en las fiestas, despues de abundantes libaciones de *chicha*.

Pude hacer en Santa Ana preciosas colecciones de topos; de pequeños marsupiales; de los cuales uno, muy pequeño, es llevado vivo sobre la cabeza por las mujeres entre los cabellos; Quiroteros, y algunas pequeñas liebres, de las cuales las adultas, tienen la piel tan delicada, que es muy difícil sacarla sin romperla.

Los *neófitos* tienen un sistema suyo propio de sacar la piel; hacen un agujero en la pierna, y soplan adentro con fuerza, hasta que se hincha el espacio subcutaneo; entouces quitan toda la carne de la boca, que alargan un poco con dos tajos.

Es también curiosa la trampa para cazar liebres; es un palo largo como de dos metros, plantado en el suelo, elástico y fuerte, en cuya extremidad superior se asegura un lazo; como á la mitad del cordel se ata un palito de unos quince centímetros sobre tierra, ó menos, resultando un cerco circular como de quince centímetros de diámetro.

Por la parte que mira el palo se hace un arquito que no pasa la altura de los palos del cerco, entre los cuales se planta. Se dobla ó arquea el palo de dos metros, se hace pasar el lazo al rededor de los palitos del cerco, y el pequeño palo del cordel debajo del arco, haciéndolo apoyar interiormente sobre un pedazo de plátano. Cuando el animal toca el fruto hace desprender el bastón ó palo que está debajo; el palo grande se endereza, y el lazo que gira al rededor del cerco sorprende el animal y lo asegura.

He visto también, pero muy estropeado un roedor, llamado *Tara-Tará* del grito que dá: tiene el cuerpo de ardilla y cola de topo, con glándulas hediondas en el vientre y come de noche los retoños tiernos de la *tacuara* ó bambú. En las inmediaciones de la misión se cazan también ardillas colora las monos aulladores colorados, etc. etc. Los javalies primero abundaban mucho, pero casi han desaparecido. El pescado es abundante, y con un tiro de dinamita, en el Piquendo, pescamos una vez 50 sábalos de veinticinco á cuarenta centímetros de largo.

Ví una especie de palma que no conocía todavía, llamado *Caaná*, de unos seis metros de altura, tronco espino-

so, hojas en forma de pluma; con hojitas en grupos; cuneiformes, dentadas en la punta, con la base hinchada, y frutos redondos, en largas espigas.

El barometro oscilaba entre 727,5, y 731. El termómetro entre 25° y 30 C. descendiendo solo una vez, despues de un viento Sud á mas 19°. El igrómetro osciló entre 70 y 80: una sola vez por la tarde marcó 55.

Y ahora, antes de abandonar las misiones de Mucetanes, puesto que, como he dicho, Muchanes está casi destruida, diré dos palabras sobre la utilidad de las mismas.

Cuando se explotaba la quina, es indudable que eran utilísimas, y realizaban pingües ganancias, trasportando este precioso producto. En el Bopi un callapo de dos balsas, (en el Beni aun se puede andar con tres) lleva de nueve á once quintales de carga, de cien libras cada quintal. En el Beni siendo las balsas secas (mientras en el Bopi para llegar á la Espia, han ya navegado veinte días) puede llevar de veinte á veinticinco. Mas ahora, acabada la quina esto es el pedido en Europa de la quina boliviana, en los dos viajes, uno cada mision, que hacen generalmente al año, por el Bopi, trasportan mercaderías, esto es objetos que ellos mismos consumen, de modo que para el comercio general del país, estos viajes son en general inútiles.

En cuanto á los *neófitos*, creo que de la permanencia de los misioneros entre ellos, no han aprendido sinó á rezar: ninguna industria, ningún sentimiento moral. Si desaparece la idea del infierno, volverán tal vez á ser los mismos salvajes de otros tiempos: y citaré un caso. Había curado de la terciana una familia entera, á fuerza de pildoras de quinina. Cuando por medio del capitán, pedí á los *neófitos* flechas para mi colección, todos me trajeron, y yo naturalmente las pagué según había prometido. El único que en mi presencia y á presencia del misionero se negó á dármelas, fué el jefe de la familia que yo había curado.

NOTA.--No estoy de acuerdo en los juicios que aquí, emite el señor Luis Balzan, a cerca de las misiones. Muchos pueblos hay en Europa que contribuyen menos al bien general, que los *neófitos*, y tal vez que algunos salvajes de Bolivia: suponiendo que el trasportar cargas al hombro ó en balsas sea contribuir al bien general, y no al provecho y engrandecimiento individual de algunos especu-

ladores. No siempre los cálculos comerciales contribuyen al bien general, y si así fuese, preciso es confesar que los neófitos de las misiones carecen del don de calcular; ó mejor dicho su calculo se reduce, á remediar las mas urgentes necesidades del día, y aun para esto necesitan de la ayuda del misionero. A dicho señor, se le escaparon muchas de las ventajas de las misiones.

Librarse de enemigos feroces, hacerlos servir mas ó menos para unas comunicaciones que antes eran imposibles parece que no fueran verdaderas ventajas.

Cree el señor Balzan *que si desaparece la idea del infierno, volverán á ser tan salvajes como antes.* No tenga cuidado; la idea del infierno ó cosa parecida, la tenían antes de ser reducidos á la vida social y á la religión cristiana. Los misioneros han procurado crearles necesidades que les impidan volver a la vida salvaje. Quiere confirmar esta su idea con un caso de ingratitud, *de un indio, que habiendo sido curado de la terciana por el señor Balzan, se negó á darle sus flechas regaladas ó vendidas.* La ingratitud es planta de todos los climas, y diré también, de todas las razas. O, es acaso entre los neófitos mosetenes que el señor Balzan ha ido á encontrarse con el primer ejemplo de ingratitud? En todo caso esta es muy antigua en la tierra, y *lleno está el mundo de ingratos:* y si tanto reprobamos este defecto en los demás; evitémoslo en nosotros mismos, ya que es tan negro y repugnante.

Dice, finalmente; *“que con la presencia de los misioneros, los neófitos solo han aprendido á rezar.”* No es poca cosa, puesto que es lo primero que debe saber el hombre; pero han aprendido algo mas. “Ninguna industria, dice, ningún sentimiento moral.” Vamos por partes. ¿Qué clase de sentimientos morales hecha de menos el señor Balzan en los neófitos? Al aprender á rezar con el misionero han aprendido la moral cristiana y natural, esto es el *Decálogo;* que muchos que se dicen civilizados se jactan de ignorar y aun despreciar; haciendo alarde de una moralidad que no saben en que consiste, ni qué fundamento tiene.

Creo oportuno recordar al señor Balzan la fábula de las dos alforjas; en una ponemos nuestros propios defectos, y la hechamos atrás; en otra los ajenos, y nos la ponemos adelante, para no perderlos nunca de vista. El señor Balzan encontró un ingrato y muchos generosos; escribió los beneficios en la arera, y grabó *lo que el llama in-*

*gratitud*, en planchas de acero, para que no se borren, (fr. N. Armentia.)

Salí de Santa Ana el 29 de junio, despues de misa, en *callapo* de dos *balsas*, con cuatro hombres de la misión. El barómetro, que en la misión marcaba 700,5, estaba al pié de la *barranca* en 733.

A las diez de la mañana nos pusimos en marcha. El río corre tortuoso entre los cerros, y deja terrenos llanos, cubiertos de bosque, al lado de la curva interna de sus recodos. Siguen las pequeñas corrientes. Se ven muchos Martin pescadores, gaviotas, etc. sobre la orilla, especialmente si está formada de rocas, crece un arbusto extraño, con el tronco, las ramas y las hojas, horizontales, doblados según la corriente del río.

Las bandadas de los papagayos son innumerables. Antes de llegar á una pequeña corriente, vimos sobre la playa á la izquierda del río, que forma recodo, con cerros á la izquierda un Jaguar, el primero que he visto en libertad, en seis años de permanencia en América. Se lanzó al agua, que lo arrastró á la corriente; la pasó nadando con la cola elevada, fuera del agua, y ganó la orilla opuesta desapareciendo entre los bosques.

Sobre las orillas cubiertas de bosque se ven muchas palmas *Shibo* y *Mannay* y poquísimos *Ogdó*.

Por la tarde entramos en una encañada; el río corre encajonado, con gruesas piedras en ambas orillas; el horizonte está bastante cerrado. Acampamos en la encañada, sobre una pequeña playa de la orilla derecha. El tiempo amenazaba: el barómetro estaba en 736,5.

El treinta de junio marchamos como á las seis y media de la mañana con el barómetro en 735. El río sigue encajonado entre cerros elevados, con piedras en las orillas.

Vimos seis *Capihuarás*, y pude matar una, con gran regocijo de mis *neófitos*, como á las siete y tres cuartos dejamos á la izquierda una barranca alta, de roca rojiza, muy escabrosa, con contraescarpas en forma de espuelas y juntas entre sí. Me dijeron que la misión de Muchanes fué una vez trasladada sobre esta barranca. Como á las ocho y media, dejamos á la derecha la boca del río Ynicua, que nace de los cerros de las misiones, y estaba casi seco. El horizonte comenzaba á mostrarse un poco abierto.

Hacia las nueve ví un cerro bajo, aislado, cubierto de bosque, que mostraba por trechos sus flancos de tierra co-

lorada; en ambos lados del río se veían cerros elevados. Poco, despues, á la derecha, rocas, siempre en forma de espuelas, que bajaban hasta el río, siguiendo despues cerros mas bien elevados. Ya cerca de Muchanes se ven rocas á la izquierda, y á la derecha una gran llanura, con algunas manchas de plátanos; y sobre la playa á la izquierda chacras de mani.

Hácia las dos y media de la tarde entramos en el riachuelo ó brazo del río con fuerte corriente y lleno de troncos; lo subimos algunos centenares de metros, y acampamos en la orilla derecha, sobre una playa á donde estaban armadas algunas carpas de *charo*; debájo de las cuales pasamos la noche. Es el puerto de Muchanes, en el cual la cantidad de mosquitos que revolotean de dia, es insuportable.

El barómetro en 736,5. Habíamos andado desde Santa Ana 15 leguas, según el misionero Armentia, con unos 80 metros de descenso, y curso al N. O.

La noche fué buena, y la pasamos entre el graznido de los sapos y de las ranas, algunas de las cuales tienen una voz profunda y muy fuerte.

El primero de julio nos levantamos á buena hora, el barómetro indicaba 737,5.

Mis neófitos habian asado en pedasos la *Capihaura*, sobre una parrilla de *charos* verdes.

Había resuelto pasar el día visitando Muchanes; de modo que nos pusimos en camino, pues esta misión, á diferencia de las demás, está dentro de tierra. El camino al pueblo es bueno. Despues de algunos centenares de pasos entre charos y tacuaras, se entra en el bosque; se pasa un arroyo, el Pinendo, casi seco, por encima de las piedras; despues se toma por una senda un poco parada; y despues de quince minutos de la salida del puerto, se llega á un camino ó calle de naranjos, que debía ser hermosísimo; pero que ahora está todo lleno de yerbas y arbustos; desde el cual se divisan ya la plaza y la iglesia.

Muchanes fué fundada en 1807, sobre un terreno un poco elevado, entre el Pinendo y otro arroyo (el Muchanes) que se reúnen antes de entrar al Beni; fué la mas desgraciada de las misiones Mosetenes. Fué trasladada de un lugar á otro tres ó cuatro veces, finalmente en 1887 la viruela redujo su población á seis familias, de las que solo hoy quedan cuatro.

Su posición geográfica según Ballivián, es á 15° 10' lat. S. y 70° 7' long. O. de París. Como pueblo, es la mas hermosa de las tres misiones Mosetenes; la iglesia con dos torrecillas, tiene el convento bien construido, á la derecha y á la izquierda la escuela, perfectamente arreglada, con grandes ventanas. A mas de esto existen otras varias casas de adobes para cocina, depósitos, cárcel, etc., el todo con techos de palma.

La única autoridad que allí reside, el *Capitán*, voluntariamente me hizo traer huevos de regalo por las mujeres. Permanecí en Muchanes pocas horas y recogí, ayudado por los *neófitos*, 350 murciélagos, de tres especies, entre las cuales uno, que no tenía, muy grande, negro, con hojuela sobre la nariz; un pequeño marsupial, nuevo y varios topos. Por la tarde me retiré á dormir al puerto.

Según me dijeron los *neófitos*, el río sobre el cual está situado este puerto, es un brazo del Beni, en el cual desemboca el río formado por el Pinendo y el Muchanes reunido.

El dos de julio marchamos temprano. El cielo estaba amenazador, y el barómetro marcaba 739. Al volver á entrar en el Beni, este estaba dominado sobre la izquierda por rocas que bajan hasta el agua, desnudas por trechos, donde muestran su formación inclinada; á veces están apoyadas sobre capas de tierra colorada. La vegetación es la de costumbre; árboles cubiertos de trepadoras que caen en festones; tacuaras que se distinguen por su verde débil; *palos santos de hormigas*, con numerosos ramos en espigas coloradas; y sobre las playas, gaviotas y anades extraños, y de vez en cuando las carpas de *charos* que han quedado de los viajes anteriores.

Después como de dos horas de viage, (la distancia de Muchanes se dice de dos leguas,) se deja á la izquierda el desemboque del río Caca, de aguas claras, el afluente mas importante del Beni hasta Reyes. El horizonte es bien abierto. El Caca llega al Beni, en medio de cerrós que abandonan á poca distancia de este. Se forma principalmente de dos ríos; el Coroico que tiene su primer origen en la cordillera de Chucura y en las inmediaciones del Pongo en Yungas; del cual he hablado en otra ocasión; y el Mapiri, formado de varios torrentes que bajan del Illampu, de las montañas de Apolo, etc. El río Caca es la via mas frecuentada para ir de La Paz á Reyes: se navega

en balsas iguales á los de los Mosetenes, manejadas por los indios Lecos, que bajan á construir las al Beni, y viven en un pueblo llamado Guanay, sobre el Mapiri. Pasada la boca del Caca, se ven muchos troncos arrastrados por la corriente y cubiertos de arena por la sequia, y comienza á mostrarse cerros elevados á la derecha, hasta cerca del río, mientras se alejan los de la izquierda.

Después como de otras dos horas, dejamos á la izquierda la boca del río Quendeque, llena de gruesas piedras; en seguida después de la confluencia, se encuentra un cerro bajo aislado, sobre el ángulo de los dos ríos, seguido de cerros elevados, que llegan hasta las orillas del Beni: á la derecha también, los cerros, mas bien altos, llegan ya á la orilla. El Beni, desde Covendo hasta el Quendeque corre al N. O. y desde allí corre casi recto al N.

Encontramos tres balsas de Lecos, que remontaban el río. En el Quendeque comienza la larga encañada ó garganta de Ben, debida á los cerros, que, como he dicho descienden por las dos partes del río. Cuando entramos en la encañada, soplaban un viento fuertísimo de N. y amenazaba lluvia. Los altos cerros llegan siempre hasta el agua, protegidos al pié por gruesas piedras, y entre estas se ven á menudo arroyos que descienden murmurando. Se pasan algunas corrientes.

Después como de una hora de navegación en la encañada, con el horizonte mas estrecho todavía que en el Bopi, se pasa el Beni, paso peligroso, que los Mosetenes llaman la Cruz. Este paso se formó, según me aseguraron, ahora pocos años, á causa de la llenura repentina de un arroyo que desemboca en el mal paso mismo por la izquierda, y que tiene la boca llena de un verdadero cerro de enormes piedras, algunas de las cuales cayendo al lecho del Beni, han producido el estrecho en cuestion.

Este arroyo es llamado por los Mosetenes *Curuz tumsi*. Las gruesas piedras que forman el paso producen fuertísimas olas y dan origen á un salto, que abraza casi todo el río; bastante estrecho ciertamente (tal vez 50 metros,) dejando solo un canal angosto con una corriente fuertísima entre la última piedra y la orilla derecha.

Mis cuatro hombres, después de haber desembarcado algunas cosas y el suscrito sobre la orilla izquierda junto al arroyo, y después de haber examinado bien el paso, remolcaron un poco el callapo há-

cia arriba, tirándolo con cordeles, atravesaron el río y bogando para quedar bien pegados á la orilla derecha y gritando fuerte, arrodillados, entraron á la corriente, pasando sin desgracia, las oladas que se forman después del paso, trasportaron el callapo un poco lejos, pero la dirección de la misma corriente lo empujó á la orilla izquierda, siguiendo la cual siempre favorecidos del remolino, volvieron al pié del arroyo, donde volvieron á cargar los cajones.

Es increíble la cantidad de mosquitos en el Beu.

Cuando marchamos, y fué preciso entrar pronto en la corriente, comenzó á llover; felizmente los cajones estaban cubiertos con hojas de platano.

A pocos metros del paso de Beu, muéstranse sobre la derecha rocas, elevadas, que caen casi perpendiculares sobre el río; en una de estas, se precipita en tiempo de aguas una cascada, al pié de la cual, me contó un neófito que, ahora muchos años, vivía una gran serpiente que comía la gente; pero que vino Dios, y la mató; (reservada tenían esta historia para el señor Balzan fr. N. A.) Sobre una de estas rocas, como a quince metros de altura, aparece una señal de cruz colorada, producto seguro de las filtraciones de las aguas entre las capas verticales rocasas, y descubierta por el desprendimiento de un pedazo de estas capas. Pregunté quien lo hizo, y me respondieron: Dios.

Se sigue siempre cerrados en la encañada, encontrando algunas corrientes, entre las que recuerdo una bastante fuerte, formando recodo. Lloviznaba siempre. Ví en los bosques que cubren los cerros muchas palmas *Ogdó* y otra especie de palma, que no conocía todavía, llamada en Moseteno *Bañoigé*, con tronco delgado, recto, hojas en forma de pluma, con hojitas colgantes, y la base en forma de baina que forma un tubo. Ví también algunos monos, una alondra y muchas gabiotas de varias especies.

Hacia el anochecer, poco antes de salir de la encañada, los mosetenos me mostraron una roca, casi desnuda, perpendicular, medio oculta entre los ar-

bustos y muy alta, que está sobre la derecha. Como á la mitad de la roca, preséntase una especie de forado ó gruta, con una cornisa cavada, en forma de ventana, debido á la caída de un pedazo de la capa rocosa. Me dijeron que allí dentro habita tal vez el diablo, porque si se hace ruido cuando se pasa, se oyen gritos. El misionero de Santa Ana me había ya hablado de esto, agregando que otro misionero, bajando á Réyes, habia exorcizado aquella gruta, y que desde entonces ya no se oían gritos. El hecho es que cuando yo pasé [talvéz será por mis grandes pecados] habiendo los neófitos dado muchos golpes de remo en el agua, se oyeron de nuevo los gritos, que por lo demás, son los de un rapante nocturno.

Salimos de la encañada de Beu cuando ya oscurecía, y acampamos dentro de un brazo que se desprende del Beu por la izquierda, acomodándonos debajo de algunas carpas de *charos*, que allí encontramos. Se veía la boca de la encañada cubierta de nubes por encima, y medio oculta por la lluvia. El horizonte se había abierto mucho. El barómetro marcaba 742.

El tres de Julio, el tiempo amenazaba siempre, y el barómetro marcaba 745. Salimos pronto del brazo del rio en el que nos habíamos refugiado la noche anterior, encontrando derrepente una pequeña corriente. Después de algunos cerros bajos, á la derecha, con las faldas casi desnudas con rocas y tierra coloradas, prolongadas en forma de espuela, última ramificación de la encañada de Beu, dejamos á la derecha la boca de un arroyo, de poca importancia, llamado Suapi. Desde allí el Benisigue con muchos giros, formando isletas cubiertas solo de charos ó sauces; y otras veces de otras especies, con la acostumbrada vegetación de trepadoras; muchos *palos de balsa*, ó palmas *Ogdo Vichiri*, *Shibó*. A derecha é izquierda desembocan algunos arroyos insignificantes. A derecha sigue el rio, separados de él por un extenso llano, algunos cerros, largos, bajos, iguales, que había divisado la tarde anterior al salir de

Beu, y en seguida, después de breve intervalo, se presentan otros cerros entre cortados, á derecha también, que á veces muestran descubiertas sus faldas de tierra colorada. A la izquierda una gran llanura. Se encuentran siempre corrientes, entre las que recuerdo una toda llena de troncos, poco distante del desemboque del Apichana, á la izquierda. A las tres de la tarde, más ó ménos, descubrí, cerros un poco lejanos, á la derecha y hácia el N. otros cerros elevados que dejan ver una abra, esla entrada de la encañada de Bala.

Llovía; los neófitos saltaron una vez á tierra, para ocultar una cabeza de plátano, para el regreso. Hácia las tres y cuarto de la tarde, dejamos á la derecha el desemboque del Quiquivé, y poco después, á la izquierda, el del Tuichi, que nace de la cordillera de Cololo, en Caupolicán, y que es navegable en balsas. Desemboca en varios pequeños brazos, y sus aguas estaban coloradas, indicio de lluvias en sus cabeceras. Poco antes del desemboque, siguen la orilla izquierda del Tuichi cerros bajos que pasada la confluencia, bajan al Beni, con las faldas perpendiculares, desnudas, coloradas, cubiertas de vegetación en la cumbre. La agua colorada del Tuichi se mezcla en grandes manchas á la verduzca del Beni, pero después se reúne toda hácia la orilla izquierda, mientras á la derecha sigue el agua clara.

Acampamos hácia las cuatro de la tarde en la orilla derecha, frente á las rocas ya citadas, sobre una playa.

Como amenazaba lluvia, nuestra primera ocupación fué preparar carpas de *charos*. Las nuestras eran hechas de techos con armazón del tronco de las cañas y cubierta con las hojas de la misma, dobladas en ángulo; pero á veces se hacen más sencillas, haciendo un tripode atando una caña horizontal por arriba á dos de los pies, apoyando contra esta los abanicos enteros de hojas que forman la extremidad de las cañas *charos*; las cuales recaen hácia adelante resguardando á los que duermen. Las ataduras las

hacen con el retoño del medio de las mismas hojas. Mientras los neófitos pescaban con flechas, vi pasar una hermosa *Platalea* colorada, muchas aves y otras garzas. Cuando fuimos á renovar las hojas de plátano que cubrían las cargas, al abrir un baul, lo hallé lleno de hormigas, que habían hecho en él su nido. El barómetro estaba en 747.

El cuatro de julio, último día de navegación, marchamos á las seis y media de la mañana, mas ó menos con el barómetro en 749,5.

Las aguas del río son siempre verdes á la derecha, amarillas en el medio, y coloradas á la izquierda. Los cerros de las dos orillas se alzan progresivamente hasta los dos cerros elevados, que forman la entrada de la encañada de Bala, que vimos ayer. Entramos en ella. El cerro de la izquierda es alto, escarpado, de roca, cubierto de árboles, de helechos arborescentes y palmas *Vichiri* y *Bañoigé*, revestidas de musgo al pié, entre las que hacen agradable murmullo pequeñas cascadas; el de la derecha es también de roca y cubierto de vegetación. Las dos cimas son invisibles, porque están cubiertas de nubes bajas. El río angosto, es ya del todo colorado. Hace frío, indicio de alguna nevada en las montañas de Apolo. A la derecha se ven frente á los de las orillas, otros cerros conicos á pico, y se siente continuamente el rumor de las pequeñas cascadas. Despues de pocos minutos de haber entrado en la encañada, se hallan dos cerros elevados, los últimos entre los elevados, y caen perpendicularmente, pero no sobre el río, con sus paredes de roca, desnudas en partes á derecha é izquierda.

Se sigue navegando casi durante hora y media entre cerros bajos, pocas veces á pico sobre el río, que dejan el puesto á algun corto trecho de llano; á derecha especialmente, bajan al río varios arroyos. A la izquierda se vé alguna casucha con chacras cercadas, y hácia el fin de la encañada, se ven también á la derecha. A la izquierda hay una barranca colorada; y frente á ella, sobre la playa vi un grueso *Caguar* ó *Puma*. Finalmente se hallan dos cerros elevados, mas no tanto como los dos primeros, cubiertos de vegetación, y al pié, sobre las gruesas piedras, cubiertas de musgo, con una pequeña cascada á la derecha. Despues de estos cerros, siguen otros cada vez mas bajos, hasta que, andados pocos centenares de metros se sale de

la encañada, y se presentan al frente las casas del pueblo de San Buenaventura, de la provincia de Caupolicán, departamento de La Paz, al pié de los últimos cerros de la encañada; al frente, poco despues, colocado sobre la derecha el pueblo de Rurrenabaque, puerto de Reyes, del departamento del Beni, también al pié de los cerros, que son precisamente las últimas ramificaciones de los Andes.

Habiamos andado según el misionero Armentia, 25 leguas desde Muchanes, con cerca de noventa metros de descenso.

Me alojé en Rurrenabaque, esperando el momento de ir á Reyes.

Los dos pueblos tienen una posición bastante pintoresca; y se hallan frente el uno del otro con una anchura del río de cerca de 180 metros; en realidad son bien mezquinos los edificios, sin orden de ninguna clase. Si existen; es porque en San Buenaventura comienza el camino que, por Tumupasa, San José Apolo y Pelechuco, va hasta La Paz, y porque en Rurrenabaque abordan las balsas que vienen del Guanay por el río Caca y por el Beni.

Las casas tienen las paredes hechas de troncos plantados los unos junto á los otros y algunas veces forradas de esteras por dentro. Los techos son de hojas de la palma *motacú* ó de *Ogdó*. El sistema de construcción es distinto del que se usa en las misiones. Sobre los palos que bajan de la cumbre del techo á las paredes se atan los raquides de las hojas enteras, con las hojitas hácia abajo comenzando de las paredes hácia el moginete, ó poniendo una raquide junta y atada á otra, San Buenaventura debe estar á 220 metros sobre el nivel del mar y en latitud según el misionero Armentia es de 14° 26' S. En cuanto á longitud, debe ser mas ó menos la de puerto Salinas, á pocas leguas mas al N. sobre el río, y que halló puesta en la carta del doctor Heath, que exploró el Beni en 1880, á 70°51' O. de París.

Hube de permanecer una semana en Rurrenabaque, en la mas completa ociosidad por el mal tiempo y la falta de alcohol. Conseguí un pescadito curioso, llamado *Tapiro* en el lugar, como de doce centímetros de largo, y bastante delgado, que, según me aseguran, entra por las vias anales y urinarias, produciendo al extraerlo fuertes hemorragias, á causa de dos garfios oseos, agudos, que se hallan uno por cada lado, á los costados de la boca. Ví un gran número de gallinazos, que hacen la policía del lugar, y por

la tarde una falange de *Phancus*, que vuelan con ruido fuerte.

El idioma mas hablado es el Tacana, importado de Tumupasa, porque casi todos los peones son de allá. Parece que hablan con la boca llena, y se sienten inflexiones de voz que se asemejan á la del dialecto napolitano.

Los hombres no tienen nada de hermoso ni de particular; no así las mujeres, que son altas, fuertes, y rectas, con un paso franco y decisivo, y visten todos el acostumbrado *Tipoy* largo, pero con una camisa debajo.

La embriaguez en Rurrenabaque es cosa normal; pero de esto debo hablar de nuevo ocupándome de Reyes.

Pude finalmente marchar el diez de julio, hácia las siete y media de la mañana. El camino de Rurrenabaque á Reyes es de ocho leguas, y se camina hácia el N. N. E.

Creo que difícilmente puede uno formarse idea de este camino, sin conocerlo. Y es preciso notar que yo había llegado en la estación seca, la cual, empero, por un caso extraño, este año es peor que la de lluvias, porque no hace sinó llover.

Partiendo del puerto, se caminan siete leguas en medio del bosque; al principio no va mal, pero despues de haber caminado como una media legua se comienza á entrar en el fango, que llega siempre hasta media pierna del animal, y se sigue así, excepto un corto trecho arenoso, seco, despues de una hora de camino, hasta andar las siete leguas para llegar á la pampa de Reyes.

Afortunadamente estaba acompañado, de modo que dejaba á veces el camino de las carretas, ancho como de dos metros, para tomar desechos un poco mas secos en parte, pero en cambio, tan estrechos, que á cada momento hay peligro de chocar con las piernas contra algún árbol, á veces *palo de hormigas*, ó de dejar el sombrero, ó pedazos de vestido, ó algún retazo de piel colgado en las espinas, ó que el animal se enfangue ó caiga contra los troncos ocultos debajo del fango.

Como una hora despues de la salida, se pasa una poza de agua que llega hasta la barriga del animal; y despues de unas cuatro horas de camino desde el pueblo, se halla otra poza ancha y muy extensa, que es un *Curichi*, nombre que dan en aquellos lugares á todas las lagunas. Este se llama el *Turucucu*. Existía sobre el Curichi un puente, y aun existe; pero en mal estado porque han cai-

do las dos cabezas ó extremos; de modo que es preciso entrar al agua por algunos metros, hasta el principio verdadero del puente, caminando sobre travesaños hundidos, mientras las bestias se hacen pasar á nado.

La vegetación del bosque es la misma que la de las misiones; solo noté una palma que no conocía, especie de *Aritqui*, llamada *Marayahu* de unos tres metros y medio de altura, hojas son espinas sus espinas con hojas en forma de pluma y con fruto en espiga, espeso, pequeño como un grano de uva y conpunta.

Pasado el Turuencu se camina todavía como dos leguas en el monte, siempre en el fango, y se llega á un campo cercado por el bosque y cubierto de yerba alta, desde el cual se divisan á la derecha los cerros de San Buena-ventura y Rurrenabaque.

Esta es la pampa llamada Chatarona. Pasada también ésta, sigue una legua de bosque, y se pasa en el Curichi *Sihuapio*, peligroso por el fango profundo, si nó se conoce algún paso un poco mas seco, pero siempre con el agua hasta el vientre del animal.

En el lugar donde se pasa, el Siuapio es estrecho, pero dicen que es de bastante extensión. Finalmente, pasada esta última legua de bosque, se sale á la pampa inmensa de Reyes.

Esta se asemeja bastante á los pajonales del *alto Paraguay*, con yerbas altas; muchas *bombaceas* de poca elevación, cargadas de cápsulas llenas de seda vegetal de color ceniza, grandes, y otro árbol con flores amarillas, que en el Paraguay, no sé si será de la misma especie lo llaman, *para todo*.

El camino de la pampa es casi seco solo de cuando en cuando se ven ó se pasan curichís ó pequeñas lagunas. Y de estas hay una que rodea el pueblo de Reyes, dejando abierto solo un trecho enjuto al E.; pero generalmente por no dar la vuelta, se pasa el curichí entrando al agua, profunda de un metro, á metro y medio. Allí concluí por bañarme bien las piernas, desgraciadamente demasiado largas.

Llegamos á Reyes hácia las cuatro de la tarde.

En cuanto á mis bagajes, estos llegaron muchos días despues, y los carretones que los llevaban, tardaron dos días y medio del puerto á Reyes, volcándose tres veces: de modo que se puede calcular cuan llenos estarían de fango.

Estos carretones, tirados por dos pares de bueyes enyugados, son bajos, con dos ruedas de una sola pieza, trabajadas con hacha: miden un metro veinte centímetros de ancho por dos ó poco mas de largo. Cargan de veinticinco á treinta arrobas; de veinticinco libras cada una; y la carga se pone envuelta en un cuero de buey, que se coloca en el fondo del carro, hecho también de madera.

Y basta por hoy. En otra que remitiré desde los gomales, por la vía del Amazonas y del Pará, hablaré de Reyes, que desde ahora puedo anunciar como la gran ciudad de las . . . disoluciones continuas.

Suyo devotísimo.

*Luigi Balzan.*

